

20°

Concurso de Cuentos
Radio Santa María

Cuentos Premiados



Cely Regalado, 13...



RADIO
SANTA
MARÍA

**20° Concurso de Cuentos
Radio Santa María
Ganadores 2013**



Primera edición, septiembre de 2013
20º Concurso de Cuentos de
Radio Santa María: Cuentos ganadores

Diseño de edición:
Fabriel Polanco Batista

Diagramación, composición y diseño de portada:
Fabriel Polanco Batista

Corrección de pruebas:
Luis Beiro Álvarez

Cuidado de edición:
Equipo Editorial, Radio Santa María

Ilustraciones interiores y portada:
Carlos Regalado

Impreso en Santiago,
República Dominicana

Es propiedad de Radio Santa María.

Índice

	Pág
Palabras de Salutación del P. Eduardo García Tamayo, SJ Director de Radio Santa María	7
Palabras de María Amalia León, Directora de la Fundación “Eduardo León Jimenes”	11
<i>Cuentos Premiados</i>	
Primer Premio: Ungry Young Girls Seudónimo: Maduro Pintao Autor: Héctor Santana Pérez	17
Segundo Premio: ¿Puedes mirar debajo de la cama? Seudónimo: Isvóam háblame Autora: Yuniris Ramírez	29
Tercer Premio: Significa sombras Seudónimo: Arroba Autor: Fernando Berroa	37
Cuarto Premio: El purgatorio terrenal de Pedro Bernardone Seudónimo: Karl Sicgro Autora: Gisela de los Ángeles Hernández	49

Menciones de Honor

Primera Mención:

El eterno día de Eufemio Obrero

Seudónimo: Lemba

Autor: Edwin Castillo Frías 59

Segunda Mención:

Un affair virtual

Seudónimo: Vilapuig

Autor: Carlos Díaz 63

Tercera Mención:

Decay

Seudónimo: Carlos V

Autora: Danilo Rodríguez 71

Cuarta Mención:

Mi belly dance

Seudónimo: La rebelde Juana

Autora: Altagracia Pérez Pytel 77

Anexos

Veredicto del Jurado

del XX Concurso de Cuentos 91

Palabras de agradecimiento

de Héctor Santana Pérez,

Primer Premio 93

Palabras de Salutación

P. Eduardo García Tamayo, SJ

Director General
Radio Santa María

El 24 de Octubre de 2012, dimos apertura a la vigésima versión del Concurso de Cuentos. Tras esta convocatoria, 98 escritores y escritoras presentaron 186 cuentos, que fueron diligentemente evaluados por el Jurado del Concurso el pasado 26 de febrero. Fueron seleccionadas cuatro obras que serán premiadas en esta noche. A otras cuatro el Jurado las considera dignas de mención. En total, ocho autores dominicanos que han escrito las obras de mayor calidad entre las presentadas en este vigésimo concurso. Los miembros del Jurado nos darán a conocer sus nombres en el curso de este acto.

En esta versión del concurso, el número de obras presentadas se mantiene prácticamente igual que el del año pasado. En cambio, ha aumentado el número de autores y autoras que, en promedio, han presentado unas dos obras cada uno. Ha repuntado el número de mujeres concursantes, 35, que representa algo más de la tercera parte de los concursantes.

Si atendemos al lugar de residencia, los autores y autoras de la capital, 39 del total, aumentaron en esta versión, llegando a representar el 40 % de los concursantes. Los escritores del Cibao, como región, disminuyeron de 54 a 49, mas aún comprenden el 50 % de los participantes. Santiagueros y veganos engrosaron sus filas respectivas, pero los veganos, 23 en esta versión, conforman el segundo grupo más numeroso de autores, hecho que se ha repetido en las tres últimas versiones del concurso. Los escritores del litoral norte, Puerto Plata y Sosúa, entre los cuales ha habido ganadores en diferentes versiones, volvieron a estar presentes. Nos alegramos de la presencia de los narradores de la Línea Noroeste. Y constatamos la presencia de cuatro autores dominicanos residentes en el extranjero, que aportaron sus obras a esta versión. Gracias a todos y todas por su interés y participación y, sobre todo, por concebir en su interioridad estas narraciones escritas con amor.

Celebramos la presencia y colaboración de instituciones y empresas amigas que prestan su apoyo a fin de que el Concurso de Cuentos, en esta nueva etapa de su desarrollo, sea ocasión para que los narradores del país presenten sus obras y los ganadores las den a conocer por medio de su publicación.

Al llegar a su vigésima edición, el Concurso de Cuentos se alegra de contar con el respaldo de la Fundación Eduardo

León Jimenes, iniciativa cultural del Grupo León Jimenes con un peso específico considerable en el mundo del arte y la gestión cultural del país. A ella se une la Cervecería Nacional Dominicana, en nombre de su producto Malta Morena, a fin de facilitar el desarrollo del Concurso. Agradecemos igualmente el respaldo ofrecido por el Ayuntamiento de La Vega, gracias al interés del Sr. Alcalde. Asimismo, nos anima la presencia y compromiso con el Concurso del Banco Hipotecario Dominicano y del Grupo de Empresas Font Gamundi, que nos brindan apoyo a fin de que el concurso siga siendo un espacio accesible a los que escriben.

Con este acto de premiación, Radio Santa María ha llevado a culminación la vigésima versión del Concurso de Cuentos. Queda pendiente la publicación y puesta en circulación del volumen de cuentos ganadores.

Mirando hacia atrás estas dos décadas de servicio a narradores y narradoras dominicanos, agradecemos a cuantos han colaborado para que esta iniciativa se reeditara cada año, de manera especial al Grupo León Jimenes, por su sostén exclusivo a lo largo de las primeras diecinueve versiones.

Los escritores del país nos convocan a seguir ofreciendo esta oportunidad. El Concurso de Cuentos Radio Santa

María seguirá siendo un vivero de escritores y escritoras mientras haya empresas e instituciones que lo apoyen. La raíz del Concurso de Cuentos es la persona del escritor, de la narradora, capaz de plasmar en unas pocas páginas esa narración que llamamos cuento, con un peso enorme de realidad, portador de vivencias y experiencias. De un lado, autores que escriben y, del otro, empresas e instituciones que ofrecen oportunidades, solo aspiran a que haya quien lea. Ese es el último fin y el fruto de este concurso: que nuestro pueblo escriba y lea cada vez más. Sabemos que ese es un camino seguro para crecer desde dentro hacia los demás y hacia Dios.

Muchas gracias.

3 de abril. 2013

Auditórium de la Cooperativa Vega Real

La Vega

Palabras de

María Amalia León

Directora de la Fundación
"Eduardo León Jimenes"

Llegar a 20 años en cualquier instancia, sea en la vida de una persona de una institución o de un concurso, como este de Radio Santa María, es una marca que no se puede soslayar y que debemos de celebrar.

Por eso no puedo dejar de referirme a esta vigésima edición del Concurso de Cuentos Radio Santa María sin manifestar mi sincera felicidad de estar aquí con ustedes compartiendo este aniversario.

Para nadie es un secreto la crisis que actualmente atraviesan las humanidades en el país y en el resto del mundo. La época que vive el planeta es la era del empobrecimiento espiritual, de la superficialidad y cortoplacismo estético, de la volatilidad ética en las conductas.

Frente a esta época, las artes son a la vez refugio y provisión para reinventarlas con creatividad y originalidad. En tal sentido, la literatura puede contribuir a recuperar parte de esa imaginación con la cual trascender la mera memo-

ria, puede servir de vehículo que permita partir con esperanza y actuar en el presente hacia una nueva dirección, un mejor futuro.

Por eso, más allá de lo que signifique para los laureados, para el jurado, y para los organizadores y auspiciadores de este certamen, concursos como este son servicios que alientan y promueven el rigor, la búsqueda de la belleza, el “siempre más” que se requiere en la vida de cada uno de nosotros y como comunidad para coexistir en esta realidad que nos ha tocado, con plenitud de esfuerzos y capacidades.

Refiriéndome al decálogo del perfecto cuentista (texto que probablemente muchos de ustedes conocen), del maestro de este género literario, Horacio Quiroga, deseo citar dos de los consejos que este gran escritor recomienda a sus futuros colegas y que quiero hoy compartir con ustedes:

*“Cree que tu arte es una cima inaccesible. No sueñes en domarla.
Cuando puedas hacerlo, lo conseguirás sin saberlo tú mismo”.*

*“Ten fe ciega, no en tu capacidad para el futuro, sino en el ardor
con que lo desees. Ama a tu arte como a tu novia,
dándole todo tu corazón”.*

Al leer estos mensajes no puedo dejar de pensar en ustedes, participantes todos; tampoco puedo dejar de pensar en Radio Santa María, patrimonio cultural de la nación

dominicana. Esta venerable institución ha traído, o mejor dicho, ha extraído de este pueblo lo mejor de su cultura a través de su programa educativo y de recreación legendario en los anales de la historia moderna del país, que hasta el día de hoy es modelo continental de una pedagogía cultural y popular que dignifica y multiplica el bien común. Ante tales ejemplos, como el que hoy puedo testimoniar con esta XX versión del Concurso de Cuentos Radio Santa María, solo puedo manifestarles la gran satisfacción que significa el haber acompañado como familia desde sus inicios este evento. La relación de amistad del Padre Cipriano Cavero, segundo director de Radio Santa María y mi papá, José León, permitió una colaboración de gozo solidario. Hoy, reiteramos nuestro compromiso con su misión. Así también deseamos felicitar a todos los que hacen posible este concurso comenzando por quienes hoy reciben el reconocimiento de sus trabajos.

En palabras de Etgar Keret, *“Siempre digo que un cuento es como un barco a punto de naufragar. Trato de llevarlo a puerto, pero se está hundiendo; entonces, lo que hago todo el tiempo es tirar cosas por la borda: tiro el piano, tiro cajas. Para mí un cuento no es un espacio; es una dirección”*.

Una dirección de vida...

Larga vida a este Concurso. Larga vida a Radio Santa
María. Larga vida a la literatura.

“Sobre todo, si vive para servir”.

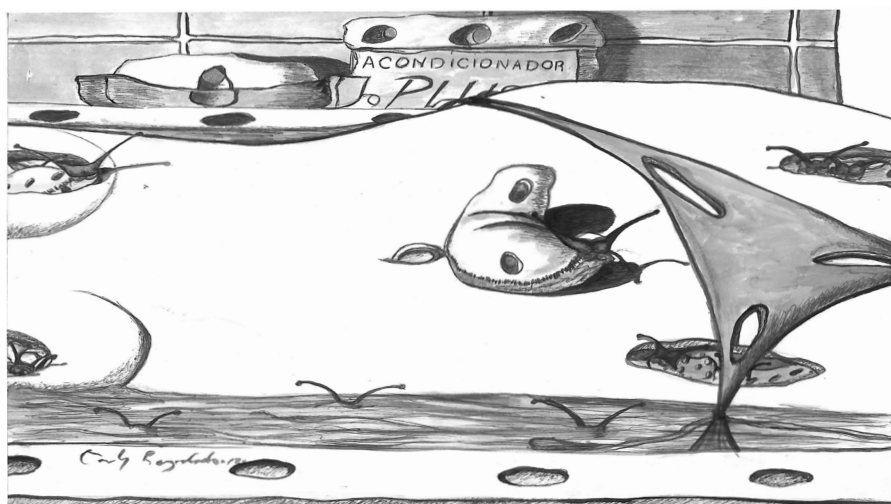
Muchas gracias.

3 de abril, 2013

Auditórium Cooperativa Vega Real

La Vega

Cuentos Premiados



Primer Premio

Ungry Young Girls

Seudónimo: Maduro pintao

Autor: Hector Santana

El día de Reyes antes de levantarme, mi hermana que terminaba de cumplir quince, dio a luz a un muñeco en el tazón del retrete. Fui la primera en escuchar un gritito suave que se confundió en breve con la algazara de los carajitos que habían hecho acto de presencia temprano por el vecindario, muchos antes que sus padres -que permanecían recludos en sus camas- se dieran cuenta de que a los niños les llegó visita. Luego de que indagara pegando mi oído a la pared a causa del ruido del otro lado de mi habitación y por un olor extraño que inundara el ambiente. Mamá dio, la voz de alarma.

—¿Qué le sucede a tu hermana? —dijo con aquella redecilla blanca en la cabeza — Parece que tu hermana no está bien.

Permanecí tranquila. Mamá me pregunta por Gracia, mientras yo estoy en mi cuarto. No quise responder de inmediato. Iniciar un Día de Reyes con tu hermana encerrada en el retrete no era nada agradable pero repuse:

—Toda la Navidad ha sido así. Primero, la molestia y el de-

sazón por el olor de los chicharrones y, luego, al devolver el ponche.

La escena fue lo más llamativo de la noche.

— Lo lanzó hacia fuera, sobre la bota derecha de tu padre — dijo mamá, que fue de inmediato a buscar con que limpiar las botas de papá.

Papi que tenía mucho que no nos visitaba, se enojó. Cuando llegó, estaba en mi habitación con Gracia que buscaba una pastilla para los nervios. A la hora de la cena tenía un pantalón negro con una chaqueta de piel de igual color. Al bajar no le dijo nada a Papá y solo cuando necesitó el asado le dirigió la palabra.

— Podrías darme eso.

— Te referes al asado — dijo papá —. Entonces debes decir por favor.

Mi padre siempre se preocupó por esas cosas, manteniendo un apego a los modales propio de cierto tipo de gente que solo se ve en películas con porciones diminutas de alimento que se llevan a la boca de tiempo en tiempo como si comer fuera un acto sin un fin en sí mismo. La vez anterior papá le preguntó si no le enseñaban esas cosas en la escuela y Gracia se levantó de la mesa con la servilleta enrollada como un Habano luego de eso mamá le reprochó a papá y no lo volvimos a ver hasta ahora, tres años

después cuando lo hicieron comandante de las fuerzas de la frontera. Era notorio que le iba bien. Su vehículo todo terreno parecía acabado de salir del dealer y sus botas parecían brillar con una intensidad que molestaba a la vista.

— Creo que su partida repentina se debió a eso y no a la llamada.

Lo llamaron. O él hizo una. Nadie en el comedor escuchó cuando le llamaron. Su insistencia y lo que Gracia hizo sobre las botas de charol fueron suficientes para que mamá y yo le creyéramos que tenía que salir de urgencia. En su rostro era ostensible la arruga que se le formaba cuando estaba enojado y el silencio que mantuvo hasta cerrar la puerta del todo terreno cuando dijo, nos vemos pronto. La puerta cerró y el auto de papá salió tan rápido que casi se vuelca al tomar la curva de salida de manera cerrada. Un vientecillo fuerte movió la ventana del baño.

— Este invierno me tiene loca.

— A mí solo me molesta el calor.

— Apura, cerremos la ventana para que no se vaya a romper algo en la habitación. La vitrina estaba en el espacio intermedio entre la ventana y el lavabo. Era de un vidrio transparente, a través del cual se podía ver una tijera plateada de punta larga que solo era usada por mamá.

Le dije que me iba a adelantar y me dijo: “sí, vete que no puedo caminar”. Crucé el árbol de navidad, la habitación de mamá, el cuarto de Gracia y al hacerlo iba dando toques cortos a la corona del árbol que rodaba frente a mí hasta que hice un penalti cerca de la puerta de Gracia. La corona que se había caído esa misma noche. Se destrozó dejando fragmentos por todos lados. Yo estaba frente a mi cuarto. Me volteé para ver por dónde venía mamá. Pero nos asustamos. Mami tomó la bata de la forma que lo hace cuando está asustada, agarrando el ruedo con una mano y yo salí corriendo a sus brazos. Me sentí segura, luego de ver lo que había en el piso. La última vez que sucedió algo así en casa, fue antes de que el padre de Gracia apareciera en su oficina del partido con un tiro en la cabeza. Un muñeco fue lo que encontramos mamá y yo con unas tachuelas que le horadaban el rostro. Mamá no quiso que lo levantara y cuando lo fue a hacer utilizó su mano izquierda, diciendo unas palabras ininteligibles. Este, que parecía un muñeco de nieve, era muy lindo. Aprovechando que mamá estaba lenta, lo levanté y dije cosas que ni yo alcancé a entender. Cuando mamá me vio con el muñeco en las manos me dijo que lo lanzara. Me acerqué a la ventana que daba a mi cuarto y lo lancé con todas mis fuerzas. Mamá volvió a abrazarme antes de marcharse, en este abrazo noté que olía a mentolado y a otra cosa que solo había experimentado cuando fui a visitar a mi prima a Nueva York. Era un olor a bambú. El mismo que mis primas fu-

maban para tranquilizarse. Subir al bambú, me decían mis primas al colocarse detrás del sofá de la sala antes de que mis tíos llegaran de trabajar. Iniciaban por hacer humo. Se colocaban los dedos en la boca y de sus labios salía humo. Un humo que olía distinto. La mayor me dijo un día que cuando jugábamos al bambú podía subir por los edificios y aparecer luego junto a sus padres por tres días sin que estos tuvieran que ir a trabajar. Nunca me dio por colocarme detrás del sofá a subir al bambú pero lo que eran mis primas sí que lo disfrutaban. Algún día subiré para estar con mis padres, lo prometo.

Abrí la puerta, Gracia estaba de pie al lado del retrete. La luz sobre su cabeza era tenue y parpadeaba cada diez o doce segundos. Por la ventana la oscuridad daba la impresión de que en vez de la seis de la mañana eran las cuatro.

“El sol se abrigó debajo de unas nubes que lo asfixiaron”, me dije para no quedarme callada.

— Hace un rato escuché un grito —le dije-, ¿te sucede algo? Gracia no dijo nada. Permaneció inmóvil hasta que abrió la boca.

— Deben ser lo chicharrones.

Mamá abrió la puerta de su cuarto que estaba al fondo. La segunda planta de mi casa tenía un diseño ovalado y al abrir cualquier puerta una podía enterarse de lo que ocu-

rría en cualquier otra habitación. En la salita de la segunda, debajo del árbol teníamos un nacimiento de terracota que papá trajo de la frontera antes de irse de manera definitiva sin dar aviso. Las figuritas estaban pintadas en un estilo parecido a las figuraciones de Bidó, en amarillo y rojo con tintes azules. Los Reyes eran la mejor parte. Sobresalían entre el resto de los elementos con sus vestuarios lujosos. Uno de ellos no tenía cabeza. Me di cuenta luego de un asunto entre mamá y Gracia que no entendía las razones que ella, Gracia tenía para justificar sus acciones en las madrugadas. La figurita estaba en el centro cerca del Niño Jesús y aún así una se daba cuenta de su importancia.

— Ves mamá, lo mismo que te dije.

— Los chicharrones de nuevo —dijo mamá.

Gracia estaba de pie y el viento de aquella mañana de enero agitaba su cabello, de tal forma que infundía miedo con los risos de su cara empapados de sudor y los ojos con aquellas ojeras malvas tan acentuadas. Su respiración era un jadeo inconexo que se solidificó unos segundos en el espejo hasta desvanecerse. Con el viento que abrió la ventana.

— Eso es algo que se resuelve con Coca Cola y limón — dijo mi madre y cuando solía incluir esa palabra en nuestras conversaciones era porque el asunto estaba resuelto. Se

resolvía de una manera u otra. Tanto era el afán de mamá que las resolvía aunque no estuvieran resueltas. Y terminaba diciendo: “Una cosa está resuelta cuando se resuelve”

Mi madre cerró la puerta de mi cuarto dejando parte del ruedo fuera del umbral. Aparte de la redecilla, veía su cuerpo arrastrarse por el pasillo. Sus pies llevaban su cuerpo nimbado casi sin tocar el mármol del piso. Fue entonces que Gracia me dijo que le acercara el shampoo. Me inclino en el pequeño depósito del lavabo atestado de revistas y botes de pastillas de todo tipo. Escojo el bote rosa sin etiqueta. Extiendo el brazo sin mirar y ella se resiente lanzando un quejido. Me detengo a mirar. Está inmóvil como si la hubiesen atravesado con un alfiler de los que usan en las películas. Nos miramos sin decirnos nada. Quizá el juego de nuestras miradas es suficiente para ella comunicarme su dolor y yo mi compasión.

— ¿Vas a volver a vomitar? — le digo —, todavía te queda qué lanzar hacia fuera, niña. Al decir niña doy un giro sobre uno de mis pies parecido al que hacen las parejas que bailan tango en las películas.

— ¿Qué es eso?, le digo apuntando con el dedo.

— ¿Qué?

Riposta ella desde arriba en picada.

— Mira lo que hay entre tus piernas — le digo en contra picada.

– Eso debe ser triquina

Pienso. Y no entiendo lo que Gracia me dice y, le digo:

– ¿Qué cosa es la triquina?

– La triquina – me dice – es algo que leí en una de mis revistas. Una vez leí en Angry Young Girls que cuando el animal no se cocina bien suele suceder eso.

Gracia estaba pálida con su batita de seda con estampa japonesa muy colorida, ella en cambio parecía un papel con aquellas bolsitas debajo de sus ojos de gatita siamesa. Me levanto y Gracia deja caer eso por una de sus piernas. Una cosa que pega en el borde de la taza del retrete, se abre y deja salir una sustancia viscosa.

– Debe ser el nido – dice Gracia que no mira hacia abajo, con las piernas abiertas sobre el retrete.

– También lo leíste en la revista Egry...

- Angry Young Girls es como se dice.

– Perdona, el inglés en mi escuela inicia en quinto.

– Es un deber pronunciar las palabras bien, a ver: Angry.

– Aengry.

– Angry.

– Angry Young Girls.

– Ok, Angry Young Girls –digo para no aparentar una tontita.

Cada vez que Gracia decía el nombre de la revista parecía volver a la vida. Repetía el nombre sobre la portada. El cuarto de Gracia tenía revistas por todos lados pero las preferidas parecían ser esas. Cuando la cosa cayó pude ver unas veinte cerca del lavamanos. Y me hizo saber que era inclinada a leer en el baño.

— En mis clases de ciencias aprendí una sola cosa sobre estos bichos —repuso Gracia—. Cuando son atacadas con algún agente poderoso el nido se rompe y los bichos salen del saco.

Y me advirtió que en un documental vio una camada de tres mil. Le pregunte si toleraría una cantidad de bichos así dentro de su vientre.

— Jesús, manita.

A Gracia no le hizo gracia lo que le dije. Entre el ruido de los chicos que deambulan con sus cosas y el viento con sus ráfagas de frío hacen que la escena sea pesada y difícil de mantener.

— Debiste haber tomado algo muy fuerte —dije para no dejar la conversación en un punto muerto.

— En verdad es un producto nuevo que están introduciendo.

Cuando la brisa abrió la puerta en su totalidad, noté que en el cuarto de mamá todo estaba en calma, aunque cuando llegó con el limón y la Coca Cola no tenía equilibrio. Los ojos de mamá tenían la forma de los ojos cuando le vierten gotas, estaban con sus dos puntitos inertes, con las pupilas dilatadas. Se veían igual a dos príncipes negros en un jarrón de porcelana blanco. El platillo estaba lleno de un líquido negro y su mano estaba helada.

— No sería capaz de tanto. No me atrevería a poner en riesgo mi vida — dije pensando que Gracia no estaba prestando atención.

— Yo, tampoco lo haría —repuso colocando su mano en el estomago.

— Mami sabe eso.

— Nuestra madre, luego de que tu padre la dejó, solo vive pensando en él.

— El hecho de que sufra no te da derecho a esconderle tus rollos.

— Tienes razón.

— Papá siempre dice eso pero no hace nada.

— Esperaba que dijeras que tu papá, esto o aquello. Siempre hablas de él como si fuera un súper dotado y no lo creo. Pienso que los adultos no son más que actores.

No respondo. Prefiero pensar que lo ama como yo.

Con el shampoo de Gracia en la mano izquierda abro el grifo, el agua está tibia como le gustaba. Ha dejado de estar con esa pose de alicate sobre el retrete. El chorro es abundante y amenazaba con empaparlo todo, incluso la alfombra frente al tazón del retrete.

– Menos agua – dice Gracia metiéndose a la Tina. El agua está con un tono frambuesa. Gracia se había metido con bata y todo. Ahora se la quita por el lado donde tiene la cresta de la ola estampada. Y me pregunto si en Japón las olas siempre son tan grandes y azules como ésta. Me pasa la bata doblada con una pintada que dice, según Gracia, *Wa*. Le pregunto el significado y me dice que no está segura pero que cree que significa reina y le digo que es muy inteligente pero que si eso se lo dijo la persona que le vendió la bata pudo haberle dicho eso para salir del paso y *Wa* significar perro por ejemplo.

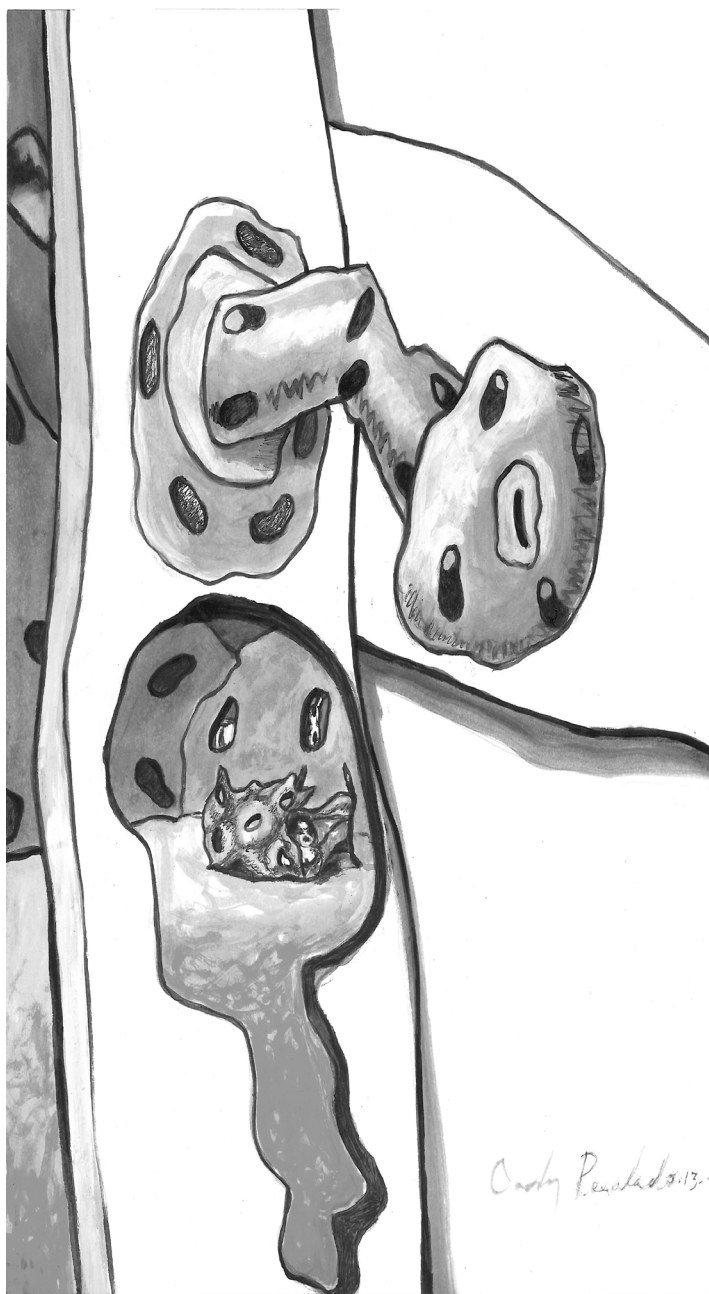
Se desnuda. Hace tiempo no la veía de esa forma. En su beneficio diré que para una niña que acaba de cumplir quince se ve muy bien; es más a veces creo que en vez de quince tiene veinte y que en vez de los dieciocho meses que me lleva podría decir que es mi madre sin mucho esfuerzo. La gente que no la conoce se lo creería. Mamá sale. Dice un par de palabras. Gracia me pregunta que si he escuchado y le respondo que no. Mamá está hablando muy bajo en estos días. Salgo con las manos llenas de espuma

para ver que le sucede. El pelo de Gracia conserva un brillo perfecto. Lleva todo el rato con la cabeza hacia abajo y le digo que se incorpore. Me responde que se siente mejor de esa forma con el cuello doblado y con los cabellos colgando como ramas secas.

—Voy a ver qué quiere mamá.

— Aprovecharé para cortarme el pelo —dice.

Antes de que cierre la puerta busca la tijera en el estante de vidrio que está al lado de la ventana y descubro como caen al piso dos números de la revista Ungri Young Girls. Gracia las levanta. Está desnuda y moja el piso sin alfombra. Al verla de espalda recuerdo a mamá cuando se bañaba conmigo. Tienen un mismo cuerpo con unas líneas muy pronunciadas en las caderas y las piernas débiles. Aunque quise ser como mamá todos en casa dicen que me parezco a mi padre. Doy un paso. Cierro y Gracia parece sentarse de nuevo. Cuando escucho el mismo grito que me despertó.



Cathy Penolada 13.

Segundo Premio

¿Puedes mirar debajo de la cama?

Seudónimo: Isvóam Háblame.

Autor: Yuniris Ramírez

La madrugada huele a café. Ayer olía a pasto húmedo. El ambiente está inmóvil. El psicópata duerme, o seguro no está. Mejor no está. Lo imaginas entrando a tu habitación con un cuchillo, cortándote en trocitos. No quieres verle por las noches cuando subes el ascensor. Sus miradas de reojo ensucian el día de ocre, no queda más que esperar se evapore. En la mañana te dijo hola. Sonreíste y echaste tu cabellera para un lado. Temblaron tus manos antes de dejar enganchada la última hebra detrás de la oreja. El día comenzó cruel. Podías esconderte, pero apareció de golpe y no tuviste tiempo. Causan miedo sus pisadas sigilosas, su caminar medio encorvado, medio muerto. No confías en alguien si no hace ruido al pisar. Pareciera te sigue a todas partes. Cuarentón, solitario, bizquea de un ojo.

Le viste un cuchillo entre las botas. Odias los chuchillos. No puedes verlos ni en la cocina. Alucinas con ellos desde

que tu madre te apuñaló, en un sueño. Cuesta creer que todavía te persiga esa sensación. No estás loca. Él es cómo aquel señor. Lo recuerdas bien. Todo inició cuando eras pequeña. Una niña como otra. La hacías venir a la habitación todas las noches. Mamá escuchaba la misma petición siempre: ¿puedes mirar bajo la cama? Te besaba la frente. “Los monstruos no existen”, decía, muchas veces, “¿Ves?, no hay nada. No existen.” Te acostabas muerta de miedo ¿Y si te halaban los pies cuando ella saliera?

Estás feliz, la madrugada huele bien y piensas, el loco no está. Sacas un cigarro. Dejas que el olor del café penetre tu olfato e inunde tu cuerpo. Tiras el cigarrillo. No encaja con tu ánimo. Pones una sillita frente al espejo, buscas una crema y te acaricias las piernas. Están velludas, pero suaves. Deslizas tus manos de abajo-arriba mientras recreas unas vacaciones, las calles, la playa, lo que harás el próximo día. Siempre piensas en el próximo día. No tienes mejor forma de controlarlo todo. Agarras una afeitadora. La desechas sin usarla. Colocas un disco.... *when you believe in things, that you don't understand, then you suffer, superstition ain't the way, no, no, no.*

La afeitadora te recuerda la primera cortadura. Tenías doce años. Estabas llena de pelos por todas partes. Las niñas, en la escuela, decían que parecías una mona. Quisiste pedirle ayuda a mamá para quitártelos. Preferiste hacerlo

tú misma, al fin y al cabo, ya eras una señorita. Ella te lo recordaba todas las noches. Menuda excusa para no ir a tu cuarto. Pedías a gritos se quedara contigo, mas no salió de tu boca aquella súplica. Lo tenía resuelto, habías crecido, aunque temieras a la oscuridad y durmieras con las luces encendidas. Él te enseñó a apagarlas. El tipo fantasma. Tu miedo se agudizó. Te aterraba verle el dedo índice sobre los labios, indicando hicieras silencio. Los monstruos existen y tú lo sabes. Ella no entendía. Él venía al acercarse la media noche. Si no te callabas, la mataría. Te quedaste tranquilita, mientras te miraba. La querías mucho, mucho, mucho.

Sirves una copa de ron. No es femenino, dicen, no te importa. Estás nerviosa. Vamos niña, pasó el tiempo, superaste aquello, fueron solo miradas en medio de la oscuridad. Unas miradas de guerra. Tú temblabas, él sudaba, hasta que decía “diablos”, unos gestos raros, y diablos, entonces cerraba los ojos. Solo quedaba ese sonido gutural a punto de fundirse con el silencio. Después se iba sin decirte nada. Te acosan aquellos ojos inyectados de alcohol. Agarras la botella de Brugal y vacías el aguardiente en tus pies. La estrellas contra la pared. Te aprietas las orejas con las manos. Te agachas a recoger los cristales. Él volvía cada vez más seguido. Tu mano derecha comienza a sangrar. Se convirtió en una especie de costumbre. Buscas un pedazo de tela para amararte el dedo. Te cuesta creer

como podían vivir en una casa así, tan a la intemperie, lejana de toda seguridad.

Rompes una blusa con una Gillette que encuentras sobre la mesa. Te acercas a la puerta. Te gustaba esa casa, por lo demás, hermosa, hecha de maderas, roble u algo así. Cierras el puño apretando la Gillette. Niña, debes parar, te haces daño. La hoja se te clava en la palma de la mano. Tenías una habitación pequeña, pero acogedora. Sangras. Una mesita, un closet, y próximo a la puerta, un objeto en forma oval, que hacía con exactitud una copia de ti. Te limpias la sangre con la bata. Al lado de la cama estaba la tabla casi despegada, el vínculo con él y la noche, con su sudoración y la palabra diablos.

Estás frente al espejo, del mismo modo lo colgaste cerca de la salida, giras de ambos lados tocándote la cintura. Ignoras las manchas de sangre. Te concentras en mirarte los huesos que sobresalen en tu espalda. Observas con la misma fascinación rodillas y tobillos. Por un momento no te inquieta el pasado, sino el cuchillo, el vecino, la fatalidad de la noche, la canción que comienzas a tararear.... *the devils on his way, thirteen month old baby, broke the looking glass, seven years of bad luck, the good things in your past.* La posibilidad de que sus ojos sean omnipresentes y estén por allí cada madrugada. La ventana. No cierra. Fijas la vista. No está ocurriendo nada afuera. Tranquila nena, no está ocu-

rriendo nada. Piensas en el ayer y sus monstruos. Buscas el calendario. Quisieras llamar a alguien por teléfono, coges el aparato, reconsideras. Encuentras una venda color crema y te envuelves las heridas. Apagas el radio. Te doblas un poco y revisas debajo de la cama. No puedes evitarlo, te sientes fatal cuando lo haces, pero no tienes mejor forma de engañarte. Acomodas tu cuerpo entre las sabanas y buscas acurrucarte sin hacer movimientos bruscos.

Tenías miedo, para tranquilizarte, pensaste que no podía hacerte daño desde el otro lado, además solo te miraba. Un frío te recorre el cuerpo, es un frío de premonición o algo parecido. Lo imaginas: un día viene, te toma por la espalda, tratas de zafarte, pone su cara en tu cuello, sientes su aliento en tu nuca, vas quedándote tranquila y dejándote tocar. Como aquella vez. De todas las noches esa era la más extraña. Te asustaste mucho cuando le viste, en un rincón de tu cuarto. Hizo la seña habitual. Pese al terror, no evitaste divagar sobre cómo había entrado. Repasaste. Cerca de las nueve, tu madre estuvo sentada frente a la casa. También estuviste allí. Por la calle no pasó casi nadie. Algunos dos cabellos. En uno de esos animales cabalgaba él. Lo recuerdas por el abrigo. Azul. Se acerca a tu boca. Promete no hacerte daño ¿A qué la quieres mucho, mucho, mucho? Ponte de espalda.

Sientes un profundo asco. Quieres vomitar. Sándwich de jamón. Jugo de naranja. Chicle sin azúcar. Ron. Pizza. Café. Todo se te revuelve en el estómago. Te levantas de la cama. Estás sudada. Escupes. Vas por un cigarrillo. No quedan. El reloj marca las tres. Ansías el amanecer. A las seis irá por un poco de té, caminaras hasta encontrar un lugar abierto dónde comprar comida. Todo lo que pides es ver el sol, desayunar, pasear, dejar que la brisa te golpee la cara de soledad o luna, mirarte un par de veces más en el espejo, espalda, tobillos, rodillas, codos. La vida te da señales confusas. Te aferras al momento. Quizás el último. Vuelves a la cama. Respiras rápido. Tienes que calmarte. Vamos, tienes que calmarte. No me hagas esto, cálmate. Te sientas. Vuelves a tomar la Gillette. Cortas un mechón de tu pelo. Miras las hebras y te preguntas qué haces. Qué haces. Te cubres la cara con las manos. Niñita, no llores, él no volverá, no llores, por favor, vomita si quieres, pero no llores. Esa Gillette, nena, suéltala. Escúchame, no puedes vivir con esto. Casi amanecerá, podrás salir, irás a comer o como quieras, regresarás, tomarás el teléfono, llamarás a un amigo o a un psiquiatra, no sé, llamarás, acordarás con él y le contarás todo. Está fácil, vamos, linda, no seas rara, suelta eso.



Tercer Premio

Significa Sombras

Seudónimo: Arroba

Autor: Fernando Berroa

Todavía no estaba conforme.

Nadie pensó que tomaría aquella decisión.

Pablo Neruda releyó los versos por enésima vez y la sensación continuaba: el poema era bueno, pero no expresaba lo que él quería decir. Tenía que avanzar en el libro. Detenerse en un título significaba perder el tiempo, una labor inútil, porque toda obra de arte es perfectible hasta el infinito; podríamos pasarnos la vida corrigiendo una novela, pintura o sinfonía. Dicen que Leonardo Da Vinci tardó más de cuatro años en pintar *La Gioconda* y le llegó el día de la muerte sin que estuviera satisfecho. Neruda no iba a caer en ese error, conocía el verso de reminiscencia griega de Charles Baudelaire: *“El arte es largo y el tiempo corto”*. Decidió concluir el poema y continuar con las demás ideas para la colección que un año después publicaría como *Residencia en la tierra*.

Cuando Rodolfo Mieses anunció a su familia que quería ser poeta creyeron que se había vuelto loco. Su papá insinuó que nada más faltaba que se declarara homosexual y le advirtió que de no matricularse en derecho, medicina, ingeniería o algo importante, no le pagaría la universidad, carajo. Podía insistir en el desacierto, obstinarse en el error, pero entonces ponte a buscar empleo desde ya, mijito. Le dejó bien claro que de su parte no contara ni con el pasaje para el metro. El muchacho no discutió, apretó el dolor en los labios y fingió el rostro neutro de que no ha pasado nada; se encerró en su cuarto a lo mismo de siempre: leer los pocos libros que tenía y escribir. Aquella noche completó tres poemas antes de quedar dormido.

Siempre escribía a mano y con tinta verde, como tiempo después confesaría en sus memorias. En aquellos días representaba a su país en el consulado de Batavia. Sus labores diplomáticas apenas le ocupaban un día cada tres meses. Papeleo para la importación de té a Chile, nada podía ser más aburrido. La mayoría del tiempo no hacía otra cosa que trabajar en su libro, leer o remitir correspondencia. Estaba releendo los borradores de los días anteriores, agregando y tachando versos, revisando la unidad del conjunto. De repente el poeta sintió que un aluvión de palabras lo asaltaba y trató de sacárselas de adentro. La

primera versión del poema fue un garabato de tinta verde sin muchas pretensiones. Se agotaron las ideas y no pudo avanzar más allá de un punto, que aunque final, no le parecía un cierre. Lo tituló “*Sombras*”. En los días siguientes escribió *Sonata y destrucciones*, *Sistema sombrío*, *Arte poética* y otros que figuran entre sus mejores. Pero aquel poema lo volvió a atrapar, no podía escapar de sus versos. Quería que fuera un texto misterioso, lleno de dolor e incertidumbre. La emoción lo transportaba al punto de la euforia cada vez que conseguía acercarlo a sus pretensiones. En cuanto a la forma concibió una disposición en cinco estrofas de cuatro versos. No pudo lograrlo del todo, la penúltima tenía cinco: reducirlo mataría el sentido, dificultaba el ritmo. En una de las pruebas eliminó por completo la quinta estrofa, por considerarla débil en comparación con el resto, pero entonces quedaba inconcluso, sin remate. Quedó varado en la indecisión.

La poesía le llegó al mismo tiempo que Margarita. Una fue consecuencia de la otra. En ciertos momentos no supo distinguir el punto de bifurcación. Empezó por escribirle largas cartas de amor de esas que quedan inéditas en algún rincón del miedo. ¿Todavía las mujeres se emocionaban con poemas, flores y serenatas? Rodolfo se armó de valor y le regaló un papequito con versos garabateados sin ninguna conciencia estética. Nada más ni nada menos que uno de esos

poemas que riman “emoción” con “corazón” y no sobrepasaban la mala imitación del estilo de Gustavo Adolfo Bécquer. Sin embargo, cambió el curso de la relación. Margarita se dio cuenta de la existencia de Ese Carajo que la idolatraba, con aquella miradita de pariguayo que provocaban ternura y las gafas de culo de botella que le daban un aire de intelectual a lo Luis de Góngora y Argote. Después de un par de poemas y otros detalles similares, como el peluchito que tocaba *Para Elisa* de Beethoven cuando ella lo apretaba; la muchacha se lo comió a besos. De Rodolfo no ser tan lento lo de la intimidad hubiera ocurrido antes, incluso habría sobrepasado la tangente de los *pantys* hasta arribar en Ítaca, porque ni tan Penélope era la niña. Ella suspiraba y se estremecía hasta las crispaciones de la piel cada vez que su poeta de cabecera emitía una frase, rebuscada o no; lo que salía de sus labios o escribía, lo consideraba genial, venido de un ser superior, de un poeta (que siempre ha sido una palabra sobrevalorada).

¿Cuándo vas a entender que hasta los versos cansan, escritor? Margarita lo dejó por Andrés, que no era culto ni detallista ni nada, pero la llevaba al cine y a pasear por el malecón. Tampoco lo pensaba dos veces para acorralarla de la pared, darle lengua y estrujarle el sexo hasta los gemidos. El derrotado no tuvo de otra: escribió más que nunca. Ya no aquellos poemas

de amor, eróticos y a veces hasta pornográficos que le escribía a su exnovia; sus versos se fueron tornando grises oscuros, oscurísimos. Luego se preocupó por el significado de cada palabra, la estructura revelada en el papel, ya en el disfrute de la contemplación. Sus poemas de aprendiz le empezaron a dar asco, los abandonó entre los libros. Aunque todavía no era consciente, a nombre de la *femme fatale* o por otros rumbos, el hobby de adolescencia se convirtió en un oficio, ya no podía dejar de escribir. Quería ser como Rimbaud, Baudelaire, Apollinaire, Whitman, Elliot, Neruda, Vallejo y otros poetas que iba descubriendo. Margarita que se fuera al diablo.

Muchos escritores jamás vuelven sobre el material publicado. Alegan sentir cierta aversión hacia sus criaturas—algo similar le sucedió a Urano y los titanes—, ven una mácula aquí y otra allá y le entran ganas de corregir. Para evitar la tentación deciden no releer sus textos. A Pablo Neruda le pasaba todo lo contrario. Se sentaba a la orilla de la chimenea de su casa en Isla Negra a disfrutar de los versos que tanto trabajo le costaron escribir. Sus adversarios criticaban que un “comunista” viviera con los lujos de un burgués: su colección de caracoles y mascarones de proa; que poseyera una biblioteca capaz de despertar la envidia de cualquier bibliófilo, con primeras ediciones del Siglo de Oro y libros rarísimos. No cesaban las críticas en

su contra, sus enemigos pagaban artículos en las revistas y periódicos para desacreditar sus extravagancias. El poeta no hacía caso de esa gente capaz de apagar todas las luces para que no lo vieran y seguía escribiendo poesía o leyendo a sus colegas, incluso a sus enemigos. Ese tiempo de ocio con el Océano Pacífico en la ventana llegaría después, ahora debía corregir el poema, hacer coincidir la retórica con la atmósfera. Decidió dejarle la última estrofa, aunque con modificaciones. Un poema debe tener un cierre tan bien logrado como el inicio.

Rodolfo y Margarita volvieron cuando a ella le dio la gana. Dicen que lo hizo por despecho, para llamar la atención de Andrés, que andaba para arriba y para abajo con la tipa que se lo quitó, y porque el día de San Valentín estaba cerca y ella sentía nostalgia de regalos y cartitas de amor que no recibía de los brazos por los que rodaba. Cuando lo despidieron del trabajo ella terminó con él y se metió con otro que la llevara a la plaza y al boulevard y a los mismos lugares que Andrés visitaba de manitas con la rubia que en nada tenía que envidiar a una mujer de pasarela. A nuestro poeta no le resultaron los versos con ninguna otra muchacha del barrio, se refugió en la lectura de los autores de su preferencia y empezó a escribir *Manual para perdedores (poemas en prosa)*. Tras una discusión familiar el papá resolvió quemarle todos

sus papeles, entre ellos estaban los garabatos iniciales (quizás un favor), pero también su libro (por Dios, eso no se hace), en el que había empleado alrededor de un año de horas/culo. Así le gustaba decir, era su fórmula: *poesía = horas/culo*. Mientras sus amigos gastaban el tiempo en hablar mierda en la esquina, la rivalidad de los equipos de béisbol y las borracheras de cerveza los fines de semana, él prefería leer y regresar a sus criaturas con la piedra de toque. Tenía más de cien poemas decentes y otros tantos esbozos. Don Mieses le dijo que dejara de estar escribiendo poemitas como los maricones y saliera a buscar trabajo. Agarró su ropa, sus libros y se fue de la casa.

Neruda fue tan exitoso con las mujeres como con la literatura, derribando el estereotipo de que los poetas son bobos, mal vestidos y no saben bailar. El relato de su vida parece una aclaración. “Yo no sé otros poetas, pero en mi caso: *Confieso que he vivido*”. Tuvo amantes en todos los países por los que peregrinó como parte del cuerpo diplomático de Chile. Se casó varias veces. Su lista de conquistas es tan prolífera como su obra. Él mismo cuenta algunas de sus aventuras, otras aparecen diseminadas en sus versos, desde el *Poema Veinte* hasta *Los versos del capitán*, sin olvidarnos de los *Cien sonetos de amor*. En Argentina conquistó una poeta de ojos verdes a la que le hizo el amor en una torre mientras Federico García Lorca vigilaba las

escaleras como un idiota. A Jossie Bliss le dedicó más de un poema a pesar de que ella era tan celosa que casi lo enviaba a escribir metáforas al infierno de Dante: “Cuando te mueras se acabarán mis temores”, lo amenazó, cuchillo en mano. La fuga de la loca Jossie lo llevó a Batavia, donde se casó con María Antonieta Hagenaar y avanzó el que para la crítica es su mejor poemario. Aquella mañana Neruda se despertó sin ninguna idea nueva para escribir, así es que se puso a inventariar los poemas de su libro, anotar los títulos que necesitaban corrección y cuáles ya estaban terminados. De repente lo asaltó el aluvión del poema que no lo abandonaría en los días siguientes.

Rodolfo se levantó junto al sol del levante y salió de la casa sin pronunciar palabras. Después de la discusión no era necesario despedirse. Caminó sin rumbo por las calles de la ciudad. Pensó mucho, comió poco. Su rostro se nubló pero no llegó a llover. Quien lo vio entrar en la farmacia y salir con las pastillas quizás no se percató de que aquel muchacho sufría, o quizás sí. Las lágrimas son superfluas, el verdadero símbolo del dolor es el silencio. Se quedó dormido en un parque de la Zona Colonial. Una pandilla de mendigos lo asaltó a punta de cuchillos y amenazas sin dientes. Lo despojaron de la ropa, el teléfono celular y los pocos pesos que le quedaban. Apenas le dejaron la caja de libros y el frasco. Le entraron ganas

**de matar, de escribir poemas sobre la desesperanza,
lo terrible, la muerte.**

Entre las miles de palabras de una composición un vocablo puede pasar desapercibido hasta que nos fijamos en él. No nos parece encajar dentro del conjunto. Lo que antes era transparente ahora constituye una mácula, zozobra, incertidumbre. Escudriñamos la etimología, huecos entre el significante y el significado, mutación de connotaciones en el tiempo. Leemos en voz alta para descubrir su música. Eso fue lo que le ocurrió a Neruda con la palabra “presagio”. Recitó todo el poema. Luego leyó el verso una y otra vez. Se concentró en el vocablo, pensó en sus sinónimos: las alternativas no lo convencieron. Sobre todo porque entre las posibilidades había una palabra esdrújula que desencajaba la musicalidad. Buscó la definición de las opciones en varios diccionarios. Se demoró más de una hora en rastrear la genealogía de los lexemas. Terminó por convencerse de que ninguna de las palabras expresaban de manera justa lo que quería comunicar, eran metáforas de su pensamiento, un símbolo, la transformación del interior en signos. Tras enfrentarse a la causalidad que exigen las dudas, la definitiva fue su mejor elección. Tachó de verde y de verde la sobrepuso.

**El muchacho determinó que ya no podía cargar la
vida sobre sus pasos, se detuvo, todo terminaba allí,**

frente al mar. Se sentó a contemplar el horizonte, recostado de una palmera, releendo a uno de sus poetas favoritos hasta que se lo permitiera la luz —que moría lentamente—, o hasta que el dolor en su interior lo fulminara.

Días antes de mandarlo a la imprenta, releó todo el poemario y continuó realizando correcciones menores. De nuevo tuvo que enfrentarse con aquel poema. Lo leyó en voz alta y le pareció perfectible, pero ¡cuidado!, que de tanto pulir podría terminar por arruinarlo, como una mujer con maquillaje en exceso, que en vez de ocultar los defectos lo que logra es tapar las virtudes de su rostro. Solamente una cosa lo mantenía inconforme: el título. La palabra volaba en su pensamiento, rebotaba de una perspectiva a otra. *Sombras*. Sin darse cuenta estaba de pie. Nerviosismo de corriente alterna. Unos pasitos para acá, unos pasitos para allá. *Sombras*. *Sombra*. *Sombra nada más, nada más que sombra*. *Sombrío*. Cuando vuelve a la conciencia teme estar-se volviendo loco. Por suerte nadie es testigo de su deambular en el rectángulo. Regresa a la silla. Hurga en su nariz como si fuera a encontrar el eslabón perdido que le hace falta a su criatura entre la disecación del moco. Levanta la hoja y se adentra en el contenido, variante de *El pensador* de Rodín. El camino de la perfección es algo serio. Mancha de verde la palabra del título, no lo convence.

Rodolfo logra leer el poema por última vez antes de que se apaguen todas las luces.

El interior del creador hierve de euforia, está como en trance. Se acerca a la hoja con una sonrisa.

Mucho tiempo después de Pablo Neruda escribir Residencia en la tierra la noticia del jovencito que se suicidó con el libro en las manos le daría la vuelta al mundo. Las páginas estaban abiertas en aquel poema.

Significa sombras, escribió.



Cuarto Premio

El Purgatorio Terrenal de Pedro Bernardone

Seudónimo: Karl Sicgro

Autor: Gisela de los Angeles Hernández

Heme aquí con las rodillas soportadas sobre cojín de algodón en este piso de arcilla, en la última hilera, recargado el cuerpo sobre banca de piedra caliza sin rastros de polvo, asumida como banquillo, detrás de la balandra, oyendo esta misa, sin moverme para no importunar a La Mandona Pica, a mi lado, por obediencia, recubierta de un manto blanquecino, adornada de crucifijos, en este lugar que amo como la cepa a la vid, ante Usted, Nuestra Señora de los Ángeles, al mirar la hornacina que alberga su imagen en cerámica resplandeciente en bronce y los serafines halados, envuelto su vestido rojo en un manto azul, tan abnegada con Jesús Niño, quedo justo en el centro de este amplio templo de piedras y amalgamas de ladrillos, tal como Asís, corazón de la vasta Umbría, sol de estas tierras; sumergido en un espeso sopor, azotado por el viento de los olivares en estío, que trae consigo olores de eucaliptos, cipreses, encinas, hayas, olmos e incienso que parecen descender desde el altar o del tupido bosque verde suspendi-

do en el aire que recubre las mesetas del Monte Subasio, bañadas por las aguas del Topino y Chiascio, que ciñen el terruño en esta festividad: 2 de agosto 1216, “Día de Indulgencias sin Penitencias” en la Porciúncula Benedictina, lugar que no volveré a pisar mientras viva; mejor estar aquí como renegado con la lengua apretada para no gritar que este perdón debilitará las cruzadas, mas, acoja Usted en Su Seno, la confusión que mortifica todo mi ser como acto de piedad que intento pedirle perturbado porque afuera, en las empinadas calles, escucho el tropel de peregrinos que he visto de soslayo desde el arco del frontispicio, descalzos o con babuchas, vestidos de sayal, pobres y alegres, con coplas al compás de su andar, enrumbados hacia la minúscula capilla cual mendigos de perdón para sus almas, tan distinto de mí: confundido, retraído, prendido desde siempre a la cristiandad práctica, con respeto absoluto de las reglas de los dos mundos: al César lo del César y a Dios lo de Dios, bañado bajo esta llovizna de cánticos, ausente, incapaz de impedir este sudor frío, aturdido, obligado a cerrar los ojos ante la herida del filo de luz rojiza del amanecer, que penetra altiva a través del vitral que resguarda el Sagrario y se esfuma por los ventanales; erizada la piel de la cabeza a los pies, sintiéndome desnudo y farsante, sacrílego al dejar divagar la mente y presentir que este sacro lugar no es más que un sepulcro blanqueado al igual que yo, Don Pietro Bernardone del Moriconi, mercader de telas, anillos sobre mis dedos, túnica turquesa de seda broca-

da, capa siena de terciopelo, calzas de cabra y sesgo púrpura; cortina entre mi ancianidad y la miseria empalmada a los huesos; aplastados mis hombros bajo el peso de la interpelación de imágenes de la pasión del Señor, que desde arriba se fijan en el techo en mosaicos bizantinos sin dejar ni un resquicio, tal ojos de acorte acusadora que encubren las artimañas de la Guerra Santa contra los infieles musulmanes; con un gran anhelo, oh, Madre Santa, de transportarme en los siglos, ofrendar simonía, cumplir penitencia y proseguir otras transacciones, no estar bajo este gran yugo y pretendo, excelsa Madre, descargar mi conciencia ante Usted, Excelentísima Señora: decidme, en un especial oráculo, al tomar entre sus manos mi aflicción, por la semejanza con hechos, mea culpa al sentir semejanza y proferirle esta ofensa, del momento amargo que sufrió Usted Santa María al buscar al Señor Jesús en la sinagoga, desconcertada por esas prédicas en parábolas, entendidas como delirio del desierto, escucharle, vestida de humildad, renegarla con palabras hirientes cuando digo: “mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre”, pueda entender, Dignísima Doncella, este padecimiento encarnado cuando hube de, años atrás, tal como si fuese ayer, enfrentar a mi hijo mayor Francisco, quien, al caer enfermo, después de haber durado un año preso en Perugia, reintegrado al hogar para la Navidad, enviado con mi apoyo a esta sublevación contra los indignos señores feudales, convertido en andrajoso, la hez de los predios, haz-

merreír de los feudos; irrespetuoso de la autoridad paterna, obligándome, frente al comadreo de los asisianos, a tomar medidas drásticas ante estos hechos alarmantes que, cual azotes, desgarran mi espalda. Cómo decir, Madre, mirarlo y no comprender, convertido en mi faz de bohemio en anacoreta, refugiado dentro de las circundantes cuevas milenarias detrás de la muralla, fugitivo y, al presentarse en la plaza andrajoso, inerte a burlas e improperios, tratado por loco, hube de, en esa aciaga hora, en un esfuerzo enorme por salvar el honor familiar, aquello que entendí correcto: encerrarlo dentro de nuestra morada con unos grilletos, momento desde el cual siento un sabor a mosto en mi boca, zaherido y exaltado, modoso, alejándome del hogar, refugiado en viajes a las ferias en Francia, entonces, al regreso de uno de ellos, todo ha empeorado Gran Señora: ha vendido y distribuido bienes en aras de reconstruir San Damián piedra a piedra, instante en que, desesperado, iracundo, como cualquier ayo con su pupilo, lo convoqué a la autoridad creyéndole un ácrata y lo llevé, con bastante humo, ante la presencia del obispo Guido, en pos de procurar impedir esta cuita martirio de sangre: que se marchara para siempre; antes bien, entendí prudente tundir los hechos inexplicables, como si fuera un fajo de lino, reclamándole el producto de las telas que vendió para reparar la capilla, justicia era una disculpa, ya había pasado terrible angustia cuando desertó sin llegar a Apulia devolviéndose desde Espoleto, trance zanjado y, por ende, es-

peraba la posterior silente reconciliación filial, por el peso de la sangre sobre nadería. Entonces, cual estruendo de avalancha después de una intensa nevada, escuché las terribles palabras que retumban en mi cabeza cual mar embravecido, Francisco, ante la masa de gente, despójese de su vestimenta, con su naturaleza bajo una crin, y dijo: “Ya no soy hijo de Pedro Bernardone. Ahora puedo decir: Padre nuestro que estás en los cielos”. Mas yo, Excelentísima Virgen, en aquel instante, hundido en un desconcierto atroz, con ira por fuera, destruido por dentro, con un sofocón enorme, profería, a voz en grito: ¡Te desheredo! Y, sintiéndome inútil, marché preso de este hondo pesar. Y, para qué contarle, Gloriosísima Señora, si Usted lo sabe todo. Ahora, este Francisco tiene una hueste llamada Hermanos, que tejen una leyenda en torno suyo: el pobre de Asís, hermano del Sol, la Luna, los lobos, escuchado por las golondrinas; el santo desposado con la dama Pobreza, el alter Christus... Sé que nació en nuestro establo bajo la mirada cómplice de una mula y un buey, ¿pero esto, no es inconcebible? Mas de mí, el gran clamor: su rémora, quien no dejó en él ninguna huella; el avaro a quien solo le interesa conservar su patrimonio. ¿Acaso desconocen su prodigalidad en andanzas de juglar?; y ¿a quién reclamé moneda alguna? ¡Decidme, abogada de la raza humana!, ¿cómo salir airoso y resolver este intrincado trance que me hunde cada vez más en el desconsuelo? No tengo relajación. ¿Qué significa esto, señora Bienaventurada, renegar un

hijo convertido en santo de Dios? ¿En qué me convierte? ¿En Judas, Pilatos, Nerón, nicolaísta, apóstata, hereje albigena?; ¿o adorador de Palas Atenea sacado de las cenizas del olvido? ¡Respondedme, Santa Madre! ¡Solo tengo tablas de hombre laborioso!; lengua trabada, excluido de todo gracejo que ni en la eternidad podría pronunciar ¡albricias! ni subirme a la Rocca a gritar de júbilo por estos hechos exentos de razón. No soy así. La clarividencia no es mi sino: imposible reconocer un místico en ciernes! ¡Socorredme, Madre! Mi pecho se deshace en mil pedazos y no siento indulgencia. Perdí la batalla por recuperar a este vástago bautizado Giovanni, apodado por mí pequeño francés, crío forjado en mi carpa, a quien anhelo llevarlo al hogar, resguardarlo bajo mi cobijo, enseñarle en ferias de Foligno el arte del oficio. Más, ¿qué obtengo? Lucha tenaz que jamás pensé tener, sarna rastrera que, carcomiéndome, me destroza: ¡Guerra paterna y por la salvación del alma! Presiento haber batallado contra dos frentes. ¿Acaso se ha trastocado esta separación con mi hijo en un rechazo contra el Padre celestial a quien nunca he querido ofender ni con el brillo de una mirada? Quíteme, Merced, este acre sabor. ¡Responda, Santísima llena de Gracia!: ¿qué soy, aberración como pater familia o cristiano o ambas cosas? Jamás pensé que la apoteosis de todo esto me llevara a una encrucijada abstrusa. ¡Cuánto ansío, Señora, aún de lejos, entrar mi cuerpo en aguas benditas como ablución de estas culpas que, cual langostas, caen

sobre mí estrangulándome, martirio no buscado que nunca quise ni por omisión: ¡perder un hijo y ser blasfemo! ¿No es suficiente castigo no verle? ¡Todo esto es tan críptico, Excelentísima Dama! Estoy sumido en esta eterna pesadilla de la cual anhele salir y encontrarlo como un mozo, alegre, inocente; olvidar todo en un abrir y cerrar de ojos. Tiemblo de júbilo al pensarlo; así podría librarme de este nudo inmenso, cual piedra del patrono San Rufino; gorguera rústica que me aprisiona estrangulándome. ¡Decidme, Merced, Decidme! ¿Cómo liberarme de este gran yugo? Dispongo mi atención ante Usted: ¡se lo imploro, decidme!... Mas ¿qué escucho desde el ábside?: *Ite missa est, Deo gratias*. ¡No! ¡Hacedme la caridad, Gran Señora!: ¡que no se clausure esta oblación sin que su benevolencia declare absolución! ¡Libreme de este dolor indescriptible! ¡Quiero, Santa Madre, quedarme aquí! ¡No quiero abandonar mi petición! ¡No puedo marcharme! ¡Me resisto a partir!... Mas, ¿qué oigo?: “Amén”. Retumba el eco bajo este desolado recinto. No puedo resistirme a marcharme, mas vano es postergar esta súplica. Es imperativo enfrentar la cruda verdad, pero estoy entumecido como momia en sarcófago. Todo mi ser reclama que, antes de irme, reciba una señal que me desprenda este resabio y jamás se diga que desdeñé Su Santidad! ¡Resquebraje mi cuerpo con Su poder! Lleno de pavor, le imploro: ¡deme una señal! Muéstreme que comprende mi pesar, cancele esta condena, Piadosísima Santa! Mas, de súbito, me muevo sin lograr hacerme

en pie. ¡Me estremezo! ¡Estoy mareado! ¿Acaso es su respuesta? ¡Siento que me zarandean! ¡Me caigo! Todo está oscuro: he enceguecido. Empero, ¿qué digo? Reconozco estas manos: ¡es Doña Pica! Y ¿qué es este gélido metal con tres esquinas puntiagudas que desciende desde su cuello que me saca de este adormecimiento, me hace recuperar fuerzas e incorporarme de un salto? ¡Ah! ¡Es la Tau, cruz de San Antón, que me ha de ayudar en este purgatorio terrenal en que estoy inmerso! ¡Guiadme, Madre, guiadme! No estoy preparado para abandonar la coraza del orgullo y la vanidad. ¡Ayudadme a cargar esta cruz! Solo. Imposible.

Menciones de Honor

Primera Mención

El eterno día de Eufemio Obrero

Seudónimo: Lemba

Autor: Edwin Castillo

*El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.
Karl Marx*

En el mejor instante de tus sueños, repiquetea el fastidioso despertador anunciándote la llegada de otro desagradable día. Y es que llevas tanto tiempo atrapado en este hábito, que hasta el café mañanero te revive un sabor rancio en la lengua. Es como si estuvieras atrapado en las ruedas dentadas de un engranaje que gira y gira sin detenerse. Ese automatismo matinal no es más que un preámbulo: una apertura a ese pandemónium que se llama día.

Como si supieras que estás condenado por siempre al padecimiento, todas las ilusiones de una vida próspera se esfumaron hace tiempo de tu memoria. Se escaparon como volutas de humo esparcidas en la nada. Y la esperanza se esfumó a un lugar donde no deja ver el brillo de sus alas

verdes. Tu cuerpo ha enmohecido. Tus vértebras son de lagarto viejo. Cada vez estás más moribundo, en una vida que hace tiempo dejó de ser vida.

Por eso, ese día a día siempre lo maldices, cuando miras las manecillas del reloj, mientras esperas la guagua que te conduce, como oveja al matadero, a la mazmorra de tus miserias. Por eso, el bufido expulsado por ella al frenar, siempre te ha parecido una carcajada burlesca de la vida. Y con ese mal sabor, ese dejillo rancio de todas las mañanas, te sumerges en la boca de ese monstruo que te ha llevado por muchos años a ese infierno llamado trabajo, donde ni un seguro social responsable tienes. Te aturde el “buenos días” que te desea el chofer, mientras subes, en contra de tu voluntad, los dos peldaños de la entrada. Y tú sin contestar le clavabas tu mirada en sus ojos, pensando qué de bueno puede tener un día como este. Y mientras caminas por el corredor a tu inconfortable asiento, sientes ganas de voltearte hacia él y vocearle improperios, estrellarle el carnet en la cara, desmontarte e irte, como si nada hubiese pasado, a tu covacha donde te espera el catre aún caliente.

Cuando adosas la cara en el gélido cristal de la ventanilla, te pierdes en un letargo como escabulléndote de esa repugnante realidad. Te preguntas cuándo terminará esta vida absurda que te ha empujado a ese lago de fuego. Allí

donde bulles en las lavas de esas condenas. Y de súbito te llegan los deseos de que se desvíe el recorrido hacia otro espacio sin tiempo medido, no a la fábrica donde un jodido reloj te mide el tiempo hasta cuando vas a cagar.

Pero hoy es un día diferente. Una cosa inexplicable germina en tus adentros: el despertador te anunció una mañana agradable. El bufido de la guagua te pareció una sonrisa. Le diste un guiño al chofer mientras te daba los “buenos días”. Camino al asiento te devolviste y le diste las gracias, mientras le palmeabas sus hombros, sentiste las ganas de abrazarlo y llorando de alegría comentarle que hoy abor das una sensación rara que brota de tu pecho. El cosquilleo del que espera algo que ya casi llega. Como el que tiene algo perdido y lo encuentra, pero aguantas las ganas y te vas a tu asiento. Piensas que no te comprendería. Que pensaría que la miseria y la edad te han vuelto loco. Pero no es así. Adosas la cara en el vidrio de la ventanilla, oteas la metrópolis, lanzándose hacia el afanoso día. Entonces esa azarosa realidad te invita a cerrar los ojos para no espantar esa anómala felicidad, que te ha atrapado como una mosca en melaza. Y presientes que pronto formarás parte inseparable de ella. Lentamente te duermes. Ni los fastidiosos sonidos de las bocinas, ni el estrepitoso estampido que ese escucha allá afuera, pueden despertarte.

Ahora sientes que empiezas a flotar. Abres los ojos y ves, a través de un cristal, tu cuerpo bañado de sangre en medio de la vía. De súbito te das cuenta que te encuentras dentro de un carruaje que, en unos segundos, te transportará a un lugar donde no existe el tiempo. Al agradable destino que sectas milenarias tienen reservado para la gente que como tú, Eufemio Obrero, ha vivido entre miserias y calamidades.

Segunda Mención

Un affair virtual

Seudónimo: Villapuig

Autor: Carlos Díaz

Según los que la conocieron, Emma era una joven ejemplar. Finalizaba los estudios de negocios en una exclusiva universidad de Santo Domingo. Trabajaba como operaria en la fábrica de calzados de su padre, pues consideraba que el conocimiento del producto y de las personas eran los pilares de una gerencia inteligente. Era muy discreta y enfocada en todos los aspectos de su vida, capaz de combinar biblioteca y discoteca en un viernes. Vestía para la ocasión y era obsesivamente aseada: “en cierto día acudió once veces a la ducha.” Tenía una agenda muy apretada, pues formaba parte un grupo actores voluntarios que escenificaban en Casa de Teatro, era miembro de un grupo ambientalista que se esforzaba por la conservación de las costas del Ozama, Güibía y Sans Souci, era manager de un grupo de rock y, además, promotora de fiestas... Ah, también, tenía novio.

Víctor tenía una relación de casi dos años con Emma. Era un amor sólido y rara vez se les veía por separado, ni a él sin ella ni a ella sin él. Se prodigaban tanto cariño que empalagaban. Ella era de muy buen parecer, un poco pasadita de carne, pero dura y apetitosa. Tenía cabellos cortados a lo macho, que fijaba un rostro clásico y seductor.

Se conocieron en un bar de esos que tienen las mesas al aire libre, en el Santo Domingo Colonial. Un amigo la invitó a ella y también invitó a otro amigo que, a su vez, fue con Víctor. La atracción fue recíproca, pero Emma aún no cicatrizaba de una ruptura. Ese clavo penetró tan profundo que no podía ser sacado por otro. Era necesario el tiempo y Víctor lo comprendió. Tuvo que cortejarla con paciencia y determinación. ¡Y finalmente tuvo éxito! No se consideraba a sí mismo como un hombre “detallista”, pero el detalle del amor consiste en provocar en quien ama, la preocupación por las cosas más mínimas e insignificantes de su pareja. Aprovechó la ausencia de Emma en un fin semana y le instaló un jacuzzi en la habitación.

Una sola cosa no le agradaba de Emma... esos baños constantes. No los de ella, sino los que le obligaba a él, previo a la intimidad. Emma solo conocía el acercamiento carnal higiénico. Era una asepsia sexual, cual cirujano que prepara una operación. Tan limpio y artificial que remedaba el acto amatorio de *Un mundo feliz* de Huxley. El aseo era exhaustivo -y en ocasiones a agua fría-, que consistía

en un lavado del torso (el jabón debía ser antibacterial, prefería “Protex”) con una fricción fuerte y delicada al mismo tiempo. Pasaba luego a las partes pudendas, muy suavemente pero sin erotismo, como una enfermera que atiende al inválido: profesional y fríamente. Por último, la cabeza era sometida al shampoo (prefería “Sedal”, anticasca), distribuido por todo el cuero cabelludo por unos dedos diestros y bien manicurados.

El baño valía la pena. Emma era tierna y ardiente. Pasaba de un estado a otro, como las mareas que se recogen pacíficamente, para después regresar y golpear con gran fuerza. Tomaba el mando. Lamía delicadamente los recuerdos de las partes más sensibles, estimulándolo, llevándolo al límite, pero evitando el orgasmo temprano con unos mordisqueos agridulces... Ella debía estar lubricada. Tenía una vagina sumamente dura. Era un reto poseerla, y no admitía la flaccidez. Impedía el ingreso, pero una vez vulnerada, lo acogía como becerro a la ubre y no se salía de allí sino encogido.

Exultante, Víctor le revela a Emma.

— Amore, acaba de llamarme mi primo C... Me nombraron como Vicesecretario de la embajada en Roma.

— No te acongojes. Será sólo por dos años y prometo venir

cada seis meses.

– Mi vida, nada pasará. Estaremos siempre en contacto. Es más, te invitaré a Roma inmediatamente me asiente.

– Creo que bastarían tres meses. ¡Italia y Europa para nosotros!

El reencuentro con Víctor en el viejo mundo no fue posible. “Por inconvenientes administrativos en Cancillería.” Sin embargo, siempre se mantuvieron en contacto y, extrañamente, fue esto lo que cambió la apasionada relación entre ellos. ¡Y la culpable fue una llamada! Sí, una conversación con el charco de por medio.

Viernes 9:30 p.m. en Santo Domingo y Sábado 5:30 a.m. en Roma. Llamada desde la capital de Italia. “Raro siempre lo hacemos por la BlackBerry”, piensa Emma. “Ah, lo hace para confirmar que estoy en casa.” “¿No cree en mí?”

– Sí, estoy en casa Bebo. – le dice Emma bostezando.

– Sólo quería estar más cerca de ti, oírte respirar, sentirte...

– ¿Qué tanto? – dice Emma –.

– Tanto, tanto... como lo muestra la humedad de mis calzoncillos.

Siete meses de sequía, sin verse, los llevó a experimentar el sexo a distancia. Las palabras fluyeron mimosas, como si ambos fuesen niños. Luego más calientes, pero aún pudorosas. A seguidas se tocaban, según mandatos, del uno al otro y al unísono las palabras se tornaron más prosaicas... gemidos y vulgaridades... sólo gemidos, y finalmente... Emma obtuvo lo que nunca en su vida había alcanzado: un clímax que casi le paraliza el corazón. Entendió lo que era el orgasmo.

— Muy bonito lo del viernes. Hagámoslo nuevamente, le manifestó Emma a Víctor

— Vi estrellitas. Me dormí enseguida cortaste.

— ¡Vaaamos! ¿Sí? Me tienes solita. Malo.

— Yuuupiii.

Emma había escuchado que esta clase de sexo era un sucedáneo del ordinario. Sin embargo, lo acontecido estas dos veces, le aficionaba más y más. Víctor, de su lado, comenzó a aburrirse de esta “variedad sin sal ni pimienta.” Se reencuentran en Roma. Fuera de los monumentos, museos y ciudades europeas, Emma, no obtiene nada extraordinario. Había cambiado.

– Hay algo malo en mí – pensó luego-, Emma. “Todavía es poco tiempo desde que estuve con Víctor en Europa. Estoy atrapada. Decirle lo que sucede. Solicitarle sexo virtual, sería lastimar su orgullo de hombre. No puedo hacerlo con cualquiera. Esto es más íntimo que el normal. Implica un nivel tal de la relación que permita la desinhibición y la imaginación. ¡Y no me verían con buenos ojos! En los diarios aparece *sex call center*, pero hasta allí hay discrimin, es sólo para hombres.”

Leyendo a Octavio Paz, Emma descubrió lo siguiente: “En el sexo hay siempre tres protagonistas: una pareja y la fantasía.” Quedó pasmada. Siguiendo esto, el sexo siempre es orgiástico o infiel o doblemente infiel. Encendió el computador y contactó un perfil masculino en un chat caliente.

Esa fue la primera experiencia, de muchas. Busca pareja, pero obvia cualquier contacto físico. La cambia desde que insiste en ver su cara o juntarse. No lo desea. La relación con Víctor se mantenía, pero por inercia. Su organizada y metódica vida se tambalea. Posterga sus obligaciones: trabajo y universidad. Todo esto es estupefaciente, la sed no se sacia... Mañana, tarde y noche. No hay horario para ella. Siempre dispuesta.

Uno, XXX, resultó ser el más experimentado. Le enseñó a usar lencerías adecuadas y lo que es más importante: consoladores. No mostraba, como ella, intención de ver su rostro o de tener contacto físico. Se conectaban en horario nocturno, en momentos en que Víctor acostumbraba a llamarla. Esto determinó el rompimiento con él. XXX pasó a ser su preferido -y no sólo virtual-. Pues finalmente le mostró su rostro.

Rompió con ello, una de las reglas del cibersexo: el anonimato. Dos semanas después, tocan a su puerta y pasan por debajo un CD... ufffff...no. Se sabrá que tiene una doble vida. Paga el silencio.

Comprobará, luego, que estos individuos no se sacian. “¿A quién recurro? ¿A mi papá? No. ¡Qué vergüenza!” “Víctor, sí. Víctor.” Le revela todo. - “Es sólo una fantasía... no ha habido contacto carnal... es sólo masturbación, todos lo hacemos... tú lo haces.” Víctor no lo ve así: la rechaza, la trata de infiel. - Resuelve sola tu vaina - le dice.

Tarde, muy tarde. Emma llega temprano a la universidad. Un joven la mira fijamente (es atractiva, eso no le extraña). Pasa cerca de un grupo de muchachas que, celular en mano, ríen. Le da un palpito. Se le aflojan los esfínteres... siente humedad entre las piernas. Luego escucha gimoteo a su lado. El mundo comienza a dar volteretas. “Dios,

todo está perdido.”

Noche, pero no muy noche. Ordena al taxi que se detenga. Es una noche oscura y tibia. Las palmeras en el malecón están muy quietas. Se desmonta, pero al salir una caja se le resbala, cae y revela su contenido: dos blocks de a ocho y una cuerda.

Tercera Mención

Decay

Seudónimo: Carlos V

Autor: Danilo Rodríguez

Sigo volviendo por las noches, pero ya nada es igual. Las cosas van quedando huecas, la silla donde me sentaba – donde me siento aún, cada vez que vengo- pierde sentido; los espejos han perdido su sentido y la vida entera, su fuerza, su color de antes. Ahora todo parece como si alguna vez hace ya mucho tiempo, muchos siglos quizás, aquí hubiera vivido una familia que fue feliz; cada vez puede uno ver menos, no sé si la casa ha perdido iluminación o es que yo me estoy quedando ciego, pero tengo la impresión de que todo está tan derruido, tan gris...; las cosas no tienen importancia, como si su presencia dependiera del uso que les dan, y ellos las usan muy poco; eso es lo que siento cuando estoy aquí.

Trato de no pensar en ello, pero es inútil. Trato de no venir, igual es inútil. Cada noche me acerco por atrás, escurridizamente, para que no me sienta Trisol, entro casi sin que me perciban, cansado y taciturno, mientras ellos están cenando, o rezando antes de irse a dormir. Álvaro y

Luisa no se extraña ya de mi llegada; quizás han crecido demasiado o quizás es culpa de mi silencio, pero lo cierto es que no les causo ninguna emoción; me toman como un evento sin importancia, soy uno más; entonces ceno, sin apetito, por supuesto y después me uno al rezo que hacen, ausente, porque no me conmueve la triste contabilidad del rosario, ahorcado entre los dedos de mi madre.

Antes no fue así. Recuerdo que al principio, cuando todo esto empezó, mi llegada era acogida con cierta extrañeza, casi con alegría, o por lo menos con una nostalgia disfrazada, ocultas las lágrimas tras ese asomo de risa que alumbraba la carita de Luisa (Álvaro apenas existía), el sentimiento confundido del viejo y la alegría hipócrita, por ponerle nombre, de mamá. Es verdad que su alborozo era del mismo color que la amargura, pero aún así, en esos tiempos era mucho mejor venir; ahora presiento que Álvaro -como es el menor y tiene una memoria más corta- no sabe quién soy, y por eso nunca se dirige a mí, y que Luisa ya no quiere verme, que de algún modo que no puedo entender, la estoy aburriendo. Entonces me da esta sensación de cosas huecas, de que el tiempo ha transcurrido muy a prisa, los años han pasado y han dejado sobre las cosas su huella inquebrantable, su antojadizo arañazo sobre la espalda.

Aún así sigo volviendo, pero lo hago más por costumbre, o quizás es esta condición de desasosiego, de no tener adónde ir; si dejo de volver, a la vieja le daría mucho más tristeza de la que ya tiene; el viejo tendría que dejar escapar el lago de lágrimas que tiene atravesado en el pecho, que no ha sacado por terco, porque debe demostrarle a los chicos -sobre todo a Álvaro- cómo se comportan los hombres con la vida; yo sé que desde el día en que deje de volver -aunque a ellos les importe poco mi presencia o crean que ya no les hago falta- la casa se derrumbará: está tan destartada, tan descuidada, y ellos tienen tan poca fuerza para defenderse, que no dudo que les caiga encima y los aplaste. Si por algo sigo viniendo es por eso, porque sé que de alguna manera mi presencia los sostiene, aunque no se den cuenta.

Ellos creen que les sirvo de poco porque no llegué a ser el doctor que ansiaban de mí; corté sus sueños y la única esperanza que tenían de mejorar. O quizá fue la forma tan radical en que me fui de casa esa vez, no sé. He intentando hablarlo, aclarar ciertas cosas. Todo lo que recibo es su silencio largo y denso; entonces tengo que desistir, sentarme en la silla, callado, taciturno como cada noche, o largarme por donde mismo he venido.

Pocas veces les menciono la fiesta en casa de los Ozoria. Yo no habría ido si no es por Roberto y el Rucio, que

me convencieron de lo buena que iba estar, y después eso de Elena, si la vieras cómo pregunta por ti, desde que te fuiste a estudiar no nos deja en paz. Eso es lo que queda de mi salpicado recuerdo esa noche: Elena embrujándose conmigo, volviéndose hermosa tan soberbiamente, el ruido de la música en el patio, la gente hablando, el olor a carnes azadas, y luego la cara de Adelso echa un ocho cuando nos encontraba muertos de risa debajo de la cama, el brollo que se armó entonces y el fin de la fiesta. Los Ozoria estaban espantados, la madre empezó a llorar desconsolada, como si le hubieran dado palos por la cabeza; en un cuarto cercano, Don Abel Ozoria tronaba, tragándose con un sermón endemoniado a la bella Elena; Adelso, deshonorado, ridiculísimo, jurando que iba a darme una paliza, que nadie se burlaba así de él; en fin. Yo me escapé por los pelos, no dije nada -que pueda recordar ahora- y salí por atrás, ligero; no supe más de Elena, aproveché el chismorreó y la demencia de todo el mundo y me escurrí hacia la carretera, solo, porque los valientes de Roberto y el Rucio se mandaron a huir cuando se armó el lío.

En la enorme oscuridad de la noche, la luna surgía como un medallón de citrino clavada sobre finísimas nubes; el chirriar de los grillos se me confundía en las orejas con el pito constante de las fiestas cuando pasan así de abruptas; podía respirar aliviado y me detuve un largo rato a pensar antes de tomar el caminito hacia la casa; pero junto a

la iglesia de San Isidro, justo frente a las guanábanas, me esperaba el señorito Adeldo con unos amigos que yo no conocía. Me dijo unas cuantas cosas que ahora recuerdo, porque he perdido la memoria de sus palabras -y hasta de su rostro, si ahora lo veo por ahí, no lo reconocería-; solo sé que fueron unas palabras proféticas pues desde esa vez he vuelto a la casa con la misma sensación que tengo ahora, con el mismo efecto sonoro, sin recuerdos, como un niño. La única diferencia es que para entonces nuestra casa estaba bien cuidada, colorida como carnaval de pueblo, y con la parcelita florecida, llena de berenjenas y tomates que brillaban con la luna, mientras que ahora es este cuchitril donde no cabemos todos sin que nos ofendamos.

Imagino que algún día dejaré de venir, que se me van a acabar las noches y esta condición que me tiene ahora tan hastiado terminará conmigo más temprano que tarde. No sé adónde iré cuando eso suceda, si me perderé tratando de encontrar el camino o si me echaré a descansar en un pradito solitario, a dormir largamente, sin ninguna evocación que me haga feliz, hasta que de mi cuerpo florezca un árbol. Ellos parecen hablar de eso; aunque cada vez los oigo menos, hablan muy bajo. Eso me preocupa. Siento que pronto perderé también el olfato, el tacto...; adónde iré a buscar entonces este pequeño sosiego que consigo con ellos. Si sigo así ya pronto no podré hablarles, ni cuando grite me oirán, porque se habrán encerrado en su

pequeño mundo y me habrán dejado fuera, aunque esté dentro de la casa.

Por ahora no sé cuánto tiempo más va a tardarme, o si acabará pronto. No creo que vaya a resistirlo, pero presiento que estoy condenado a visitarlos cada noche, volver a sus rostros lejanos, indiferentes y tendré que acostumbrarme a que me traten como a un extraño, de la manera en que empiezan a tratarse entre ellos. Álvaro crecerá y no se enterará nunca de quién fui; Luisa evitará hablar de mí con sus amigas, se casará y tendrá hijos y no les contará sobre la mancha que fui en su postalita de infancia. Solo en la memoria de mis viejos existiré para siempre, en ellos será este mozuelo azul, el muchacho perfumado de amor que vuelve a casa, afeitado y feliz, sin tiempo, tocando las flores y las hortalizas, tratando de acaparar para siempre su olor y su tacto, perdido en la memoria como algo que se echa en un bolsillo viejo.

Cuarta Mención

Mi belly dance

Seudónimo: La Rebelde Juana

Autor: Altagracia Pérez Pytel

Caído el telón del comunismo, yo disfruto ahora las hamburguesas de McDonald's y no me pesa afirmar que me encanta el hip hop, el reggaeton y la rumba. Aprendí... ¿cuándo aprendí? Soy bailarina de profesión, eso sí, multifacética; igual sé pintar, tocar piano, y aparte de mi lengua natal, puedo hablar francés, alemán, e inglés (para los turistas) y además escribo historietas -así como colecciono zapatos- que luego olvido, cuando me da por otros aspectos de mi agitada vida de soltera en un piso del centrum, de una ciudad capitalina muy al este, Eastern Europe... Les cuento que sé casi de memoria todos los clásicos y los de la Revolución también, y muchas veces leo en voz alta, poesía, pero poesía, de verdad... ¡Ah!, ese ruso, Pushkin... "Dejad que juegue la vida joven /a la puerta del sepulcro, /y que la naturaleza indiferente /luzca su hermosura eterna." Y me brotan grandes ideas de la cabeza, y me veo, boina ladeada, dando un discurso para las masas, por supuesto, esto solo cuando mis amigos del otro hemisfe-

rio me consiguen whisky, porque por aquí sólo consigo el nuestro, o acaso algo de vodka. Mis ojos, que por naturaleza son rasgados, se dilatan y río, río a carcajadas mucho, cual estruendo de aguas que estalla, que rompe fuertes rocas, entre cascadas. Yo río porque me gusta la vida, porque resisto beber como una cuba, porque soy fuerte, nada frágil; siempre entrenada, por eso nunca pierdo el equilibrio al danzar, porque me gusta danzar y porque sé muchas cosas que mis compañeras no saben hacer, esas tontas acomodadas... Y sí, les digo: no me es difícil exhibirme; reírme a mis anchas, hablar, y girar una pierna: aquí, allá y aquí y allá; y salto, y entre saltos y saltos, sacudo el cuerpo en un torbellino, lo que raya hasta -¡Bah, tonterías!- algunos suelen llamarme “remolino delirante”. Al tiempo que río, danzo, vuelo -y opero *shift*- otra vez danzo, pues siempre está en mí la búsqueda de la técnica, saltos flotantes en la punta de un pie arqueado a veces, realizo arabescos. No me olvido, es que no se me olvida, y es que para esto he sido educada. Aunque sufriera por mucho tiempo, como bajo el efecto lacerante que deja un látigo sobre la piel, las palabras muy tempranas, aquellas que me estamparon cual tatuaje, llevo en el tobillo izquierdo: Que no, que yo no tenía talento para alcanzar el grado sumo: *Prima ballerina assoluta...* “Yo no pienso, solo danzo, danzo mucho... Hasta que pluf, (*flat battery*), desciendo hasta el parquet en un aterrizaje abrupto, forzado, que luego es un *down, down* como colina en pendientes, en declives, casi al

precipicio... O me erijo triunfal, suelto las piernas, soberbia, frenética, y bailo flamenco, entonces soy la gitana cautivadora, la rumbera, o quizás, la Mata Hari, la bailarina exótica; y hasta sari en torno a mi cabeza, que cubren mis cabellos rubios, casi platinos. Y mis ojos azules que ya han estudiado muchos clásicos, se entornan abanicando mis mejillas, con sus largas pestañas arrobadoras, mientras mis manos describen en el aire dos diagonales encontradas, que luego descienden teatrales al inclinarme, la acostumbrada genuflexión ante mi público. Otras veces me da por retornar a esa chica tranquila, a la hija de aquel intelectual miembro del ala reaccionaria del Partido, que por creer a ciegas en la dictadura del proletariado vivió casi toda su vida frustrado. ¡Ah!, y que por regla a secas, debía gustarle Gorki y sí que me gusta Gorki; sí, esa madre tan vigorosa que reparte pasquines, tan entregada a la causa, luego que a su hijo lo conducen a la Siberia. ¡Ajá! ¿Pero, cuántas madres no lloraron junto a los féretros de sus hijos que cayeron eliminados? Fueron eliminados porque no eran simples ovejas contadas; piezas de colección en una multitud para prosternarse serviles ante el Sistema. No, para nada le gusta al Sistema que la gente piense... Por eso, así de vez en cuando -de solapadas que nadie se entere- (¡jil, Papá no me lo creería), me reúno con sus camaradas del Partido, y redefinimos entre largas tertulias, que a veces no son más que aburridos monólogos: el renovado concepto del marxismo, y sociedad y consumo y que los *mass media*, la glo-

balización y todo lo light de los *social media*... ¿Y ya les dije que me llamo Vanja, que casi arribo a los grandes escenarios, y que por esto, conservo el crédito para enseñar ballet, a un grupito de niñas de la élite? Pff, todas en el pasado, soñábamos con ser bailarinas, a lo Pavlova, a lo Taglioni; pero qué va, ahora mi ocupación mayor es bailar con estos amigos. Muchos son extranjeros estúpidos, muy adinerados, para los cuales por lo general, chapurreo el inglés, y yo me río encima de ellos, y hasta les escupo a veces las caras, con una saliva que se apresuran a intentar recoger con la lengua (¡Ay, descarados!), mientras me silban y gritan: ¡Sabe a lipstick sexy, caro! Pero ellos saben aguardar, esperar que además de saltar, busque la técnica y esos especiales números. Entonces, me dicen que soy bestialmente bella, que soy enigmática, que llevo estirpe, la vieja raza -cuchichean a mis oídos, y hago un gesto de réplica-: ¡*Touché!* -¡Que hoy, estoy en nada!-, y entre mis dedos y mi cuerpo hay un juego muy cercano al deslizamiento de mi flamante abrigo, que luego cuando arribe al suelo, yo buscaré pisotear con mis tacos, y por eso me gritan casi al unísono: ¡No lo hagas! ¡Cuesta muchos dólares!, ¿pues qué, si lo hago? Si lo hago, amigos, lo hago suave, en un dilatado compás de espera, en impactante pose de indiferencia que me ha costado años ensayar y que los inquieta de sólo verlo lentamente resbalar por mis hombros. Y cuando finalmente se desliza, contemplan entre murmullos esta escultura humana, muy bien labrada, gimnasio

instaurado en mi piso; solo estropeada a veces, por el cansancio, y por aquel, para quien trabajo... ¿Les hago constar que sé también bailar *belly dance*, que domino el “estilo turco” y el “libanés”? Fue por la influencia de una amiga que me inicié en esas modalidades, pues juraba que aparte de dominar los músculos del vientre se podía alcanzar una supuesta conexión con el Espíritu. Pero aquellas prácticas terminaron de repente, en un escenario con aura de cabaret, y enroscada por ratos como serpiente ondulante u otras veces haciendo contorsiones más complicadas, me encontré un día frente a esa barra metálica vertical, las que reconocen como “la barra del stripper“. Para éste luego trataría de compensar agregando repertorios extras, intentaba refinar con algunos retoques ligeros; siempre la técnica, la búsqueda del método y para esto yo le doy ese matiz -que aconsejaba mi profesora de ballet-, es el que le da el vuelo, la ruptura. Aunque al principio no es que estuviese tan interesada, no sólo porque lo consideraba como otro invento del capitalismo, ese último trendy que se inaugura en cualquier estación, además porque aún, soñaba aferrada a los vuelos del Tutú, porque me resistía terca, abandonarlo a una percha empolvada. Y, porque un día contemplando a Natalie Portman, al ver la perfección de sus pasos, en sus acrobáticos desafíos de *Dancer Queen* y aquella apertura de sus piernas, ángulo en 180 grados, sentí que era lo más cercano a la audacia artística. Obsesionada por emularla, durante mucho tiempo encanté a muchos, aun-

que siempre terminara condenada a ejecutar esos dos o tres movimientos burdamente sensuales. Porque ¡bah!, no, ellos no podrían entender lo que era aquella danza de la búsqueda de la técnica y la perfección: días, noches, años de entera disciplina, de quebrar, tensar músculos, aquellos movimientos tan armónicos, la academia, el vuelo del Espíritu, el arte. Y porque sí, para bailar *belly dance* prefiero el baile del *strip* -aunque reniegue al final, el lanzar las piezas de Eva al aire en un desafiante acto de libertad-, porque, aunque muchas veces en cueros, jugar a ser la sometida no es mi predilección, yo soy de las que prefiere mentir, dominar con las ropas puestas. Desde la pubertad, mis atributos se hicieron demasiados evidentes, como para pasar inadvertidos, y con el acoso de mis profesores varones y los compañeros de clase, ya sabía que tenía todas las armas desarrolladas para combatir, y doblegar sin tener que quitarme la ropa. Mi cuerpo desde el empeine de mis pies hasta la última punta de mis cabellos, es un engendro natural para la tentación y pues sí, es para que se enteren, de ninguna manera soy una Barbie de silicona. Pero este paso de esperar a que me inserten el fajo de billetes en la liga es otra danza que la cultivo porque desde hace mucho entendí, que para sobrevivir debía aprender a ser la gata o la hiena salvaje que aúlla para dominar el tablado de la vida y porque aún ahí sé que ejecuto la más brillante función para un Stage Premium. Por esto cuando juego con mis piernas y comienzo mi baile del combate, ante el cliente de

turno voy consciente ya para que he sido diseñada. Por si acaso se preguntan, debo aclararle que sí -es verdad-, al principio lo hice por necesidad cuando comenzaron a escasear los cupones para ir al supermercado, y cuando vi que todos avanzaban como en estampida salvaje, acicateados por la avaricia, en un acelerado tren en búsqueda de la riqueza... Luego por diversión y ya por estilo de vida, y porque sí -no importa-, sí es más fácil en un santiamén, lo que quizás a otros a fuerza de muchos años y sudor, les habrá de costar conseguir. Porque de ninguna manera me creo más pecadora que aquel banquero que arriesga en inversiones comprometedoras, en la bolsa de valores, las pensiones de los trabajadores -¡no, señor, para nada!-. Por esto les aseguro que tranquila y sin remordimientos acudo a la universidad, con lentillas muy caras, hago poses de intelectual y tomo esas cátedras, bostezante, reflexionando satisfecha que dormiré a mis anchas en mi última adquisición, ese mullido sofá en piel. Sin tener que preocuparme que deba buscar los billetes para el supermercado... Otra vez, reparo en las tontas de mis alumnas... dicen que aman cuando mi barbilla se posiciona erguida; yo me empino, busco a mi personaje y vuelo favorito, en *Sueño de una noche de verano*, navego por los bosques, e izo mis faldillas blancas; ellas entonces ensayan... Mis manos al elevarse, buscan rasgar el horizonte, romper la atmósfera, la gravedad, y solo flotar, volar... en puntitas, solo puntitas de mis pies ligeros, alados... Hum, je, ellas, por supuesto, no saben lo

que es danzar bajo la luna, bajo cero grados; yo, piernas largas, muy esbeltas, con botas altas, abrigo de ming (regalo caro, que a nadie se me ocurre prestar) yo camino, camino... Sí, no saben esas tontas lo que es portar mi vara, la de mi número acostumbrado; como aquella vez que alcancé a aquel turista, y me gritaba que lo hiciera, que no importaba que yo fuera la dominante, estaba tan embrutecido con sus pasiones, que no le importaba soltar sus amarras de machista redomado, no solo exudaba apestado de alcohol, también parecía exhalar con su aliento una caravana de lujuria, de vicios. Por lo que no me quedó más remedio que hacer mi reservado, aquel que secretamente disfrutaba, pero que no lo hacía tan público para no perder mi fama, y cuando regresé al escenario, ya la turba lo aplaudía, pues gritaba como un loco obseso que todo de mí le daba placer. Yo que lo aguardaba con mi látigo, al verlo avanzar hacia mí, escudriñaba como sus ojos se trastocaban por oscuras nubes compactas, tan intensa era su debilidad. Por eso no dudé, cuando le planté el taco de una de mis zapatillas, puntiagudo, alargado y plateado en el pecho, y por lo menos aparentó, recibir el frío de la herida, como una joya, cuando se incrusta en un estuche de terciopelo; porque al mismo tiempo que jadeó obsceno, se apresuraba a recoger el chubasco de mi saliva, que aterrizaba en su boca, luego de que yo la lanzara en su cara lampiña. Tan lampiña como las mejillas de mis alumnas, niñas tan moralistas, tan decentes, tan normales... ¡Jil,

¿pero sabrán ellas, en verdad, lo que es la decencia, la moralidad...? Moralidad es un barniz que ideó la sociedad burguesa para poder coexistir y la normalidad, tan sólo un espejismo, bajo el cual nos escudamos, muy delgado es el tabique que nos conduce a la irracionalidad... Sabrán, dulces amigas mías, que primero hay que aprender a ronronear en la noche como gata en celo, desarrollar garras afiladas sobre los bordes abismáticos que se desprenden del placer y la noche, para luego seguir avanzando, con mucho garbo sobre el tejado. Y ustedes que se creen mis alumnas, no saben lo que es caminar bajo cero grados, en la noche polar; ni siquiera imaginan, que sólo y sólo yo puedo hacerlo, portar ese látigo. Entonces, aparece él, aquel a quien sólo rindo mis cuentas, mi Rey, que únicamente me seduce; es más imponente que yo, me posee esa bestia, se encala y otra vez, yo soy esta pieza ondulante, objeto de curiosidad de este Show Windows. Llueven estrellas titilantes, auroras boreales, y los fantasmas árboles ya desnudos me convidan, tienen brazos alargados: yo me encaloro, yo soy la hembra que se pasea, que se exhibe... Yo, otra vez, soy Revontuli boreal, o la hembra del zorro del Fuego y todo es electricidad que transmito a distancia, en esta danza de fuego, y colores, de alto magnetismo concentrado... Transporte de emociones en la noche solar de los vientos polares; camino y silbo y canto, que seré feliz, por todas las generaciones. Y camino: ¡Yes, my friends!, Bajo cero Celsius, whisky: ¡Yo soy *revontuli*! Mucho vodka y cocaína,

para el especial de la noche, y para que las venas resistan..., yo en un acto de compases rotos, busco aún a mi *pas de deux*, a ese que de verdad detenga este andar. Chapoteo con mis botas, giro las piernas, las elevo, y también ¿por qué no?, recreo la magistral apertura de ángulo en 180 grados; juego entre los charcos, hago un posible número inesperado, algunos me chistan desde lejos. Entonces, enérgica me levanto, me contorneo y les presento mi trasero, esa proyección en U voluptuosa, es lo más próximo a un festín, y dejo traslucir un poco mis piernas, bellas, macizas, suaves. Un poco más y todos los que transitan esta avenida, observarán este pedazo de carne expuesto en este escaparate ambulante. Sí, un poco más, un poco más y contemplan que bajo mi abrigo, ya no hay nada, que me desinhibe sus miradas: yo, la maja desnuda, la hembra no domesticada, que todos disfrutan con sus miradas, la *Revontuli* y camino, calles arriba: triunfal, me consumo, me vierto en el tiempo: ¿en qué radica la diferencia en el “*to be or not to be*”? ¡Recurro a Shakespeare! ¿O ser o tener? Yo les confieso, que ahora tengo muchas cosas; por demás, incluso una colección de abrigos de pieles y auto de lujo en el garaje, y en el refrigerador, congelados -al igual que libros de filosofía en el estante- tengo quesos muy finos, de toda variedad; después de todo, mi filosofía está reducida a sentir o hacer sentir; bien, es que soy esta masa, este barro transfigurado en la nieve, en una aurora boreal que no es más que un farol, que apenas me ilumina, que otra vez,

estoy nauseabunda. Divagando, busco una posible respuesta ¿qué es el ser?... Temblorosa y a tientas, encuentro la botella que he cargado desde anoche. La escurro jadeante, está vacía. Intento crear un poema ante la carencia y la conciencia del ser... Tras las rejas de la prisión de la carne/ mis sueños sucumben bajo la piel. ¿Qué es el ser? Y para esto me responde Pushkin: “Eres rey. Solo, por un camino abierto, ve a donde tu mente libre te conduzca...”. ¿Shakespeare o Puhskin? “To be or not to be?”. Dos más dos suman cuatro y la lógica del tener, es igual a la multiplicación y a la suma, que suman más ojos que se asombran por el coche que tienes, por ese flamante abrigo, y a estos, sumo a Papá, hecho un guiñapo porque sus ideas ya no surtían ningún destello de asombro. Estacionado por muchos años, entre colillas de cigarrillos, y botellas por aquí, por acá, pobre diablo que no pudo reponerse a la partida de Mamá. Sí, un día nos encontramos los dos solos, él tirado en un sofá embebido, sombrío en sus pensamientos, no paraba de tomar alcohol, de leer aquella carta: Mamá anunciaba que todavía no regresaba de aquel país, donde trabajaba; mentira, se había largado con otro, y yo a mis trece años, perdía mi virginidad, mi interés por todo, por la escuela, el ballet, y todo se fue a la pura M. ¡Oh! vaya, ¿o ser o tener? Esta es la gran disyuntiva, aunque solo se reduzca a esta porquería del existir... Pero yo aún me digo: sí, quiero... Quiero estar atada al tormento de existir.” Quiero vivir, para pensar, para sufrir. /Y sé que entre penas, ansie-

dades y congojas me aguardan placeres todavía...”. Pero, ¿es que otra vez estoy recitando a Pushkin? Hoy, ya lo he recitado varias veces... ¡No importa! Yo estoy tirada aquí, en unos matorrales cercanos a esta avenida; es media tarde ya, donde el sol no derrite la nieve, semi inconsciente, con náuseas, se me salen casi las babas, este es un corto circuito, ¡uy! Sí, deliro; navegando en vodka, regalo de un francés..., ¿o fue un compañero de la uni?...

Anexos

Acta Unica

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Vigésimo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el 26 de Febrero de 2013, en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes

PREMIOS

Primer Premio:

Título: “Ungry Young Girls”
Seudónimo: Maduro Pintao
Autor: Héctor Santana Pérez

Segundo Premio:

Título: “¿Puedes mirar debajo de la cama?”
Seudónimo: Isvóam háblame
Autora: Yuniris Ramírez

Tercer Premio:

Título: “Significa sombras”
Seudónimo: Arroba
Autor: Fernando Berroa

Cuarto Premio:

Título: “El purgatorio terrenal de Pedro Bernardone”
Seudónimo: Karl Sicgro
Autora: Gisela de los Ángeles Hernández

Por otra parte, el jurado también decidió otorgar las siguientes

MENCIONES DE HONOR

Primera Mención:

Título: “El eterno día de Eufemio Obrero”
Seudónimo: Lemba
Autor: Edwin Castillo Frías

Segunda Mención:

Título: “Un affair virtual”
Seudónimo: Vilapuig
Autor: Carlos Díaz

Tercera Mención

Título: “Decay”
Seudónimo: Carlos V
Autor: Danilo Rodríguez

Cuarta Mención:

Título: “Mi belly dance”
Seudónimo: La rebelde Juana
Autora: Altagracia Pérez Pytel

Redactado y firmado en La Vega por los miembros del jurado de este concurso, hoy 26 de Febrero del 2013.

Lic. Emelda Ramos
Lic. Luis Beiro Álvarez
Lic. Carlos Fernández-Rocha

Testigo: P. Eduardo García Tamayo, SJ

Palabras de Agradecimiento

Hector Santana Pérez
Primer premio del XX Concurso de Cuentos

Antes de iniciar, las palabras que escribí tienen una extensión de 49 páginas, de las que voy a leer solo una.

Señores, me van a excusar esta extensión, pero es algo increíble. Dentro de la entrega de los premios Oscar -y estos son los Oscars de la narrativa dominicana-, hay dos personas que a mí siempre me han llamado mucho la atención por la forma en que manifestaron su alegría cuando les fue entregado el Oscar: fueron Jack Palance, que hizo lagartijas en pleno escenario por la emoción. El otro fue Cuba Gooding, que gritó muchísimo caracterizando el personaje que hacía en la película Jerry Maguire. Eso a mí se me quedó grabado y yo pensé que, en este momento, debía hacer algo como lo que ellos hicieron. De verdad no he dudado de que estaba muy contento y no quiero que ustedes se vayan de aquí sin que sepan que estoy muy contento. Yo estoy muy feliz.

Lo primero es que Radio Santa María, para mucha gente, es un concurso. Para mí es una cosa bien difícil. ¿Por qué? En Radio Santa María no se juega; no hay trampa y, eso, en este país donde abunda mucho de lo otro, es una labor bastante difícil. Entonces, participar es terrible. Santa María ..., eso no es fácil. El que ganó ahí, ganó. No hay posibilidad de que el amiguito, que otra cosa, no. No hay nada de eso. Entonces yo quería tener la posibilidad de hacer algo como Jack Palance o Cuba Gooding Jr., pero no puedo. Lamentablemente me va a costar eso.

Lo otro es que, aunque ustedes me vean así, yo soy profesor de una escuela pública en Santo Domingo. Se llama “Politécnico Madre Rafaela Ibarra”, fundado por la orden de los Angeles Custodios. Me levanté a las 6:00 A.M. y no he vuelto a mi casa, no me he bañado. Salí a mi trabajo porque no me gusta faltar y fui a mi clase. A última hora pedí un permiso y ellos, que me quieren mucho, me dijeron: -Sí, sí, sí, está bien. Te puedes ir-. Y he venido acá, lleno de mucho regocijo, muy contento y muy alegre, por el esfuerzo que he realizado durante todo este tiempo...

La escritura para mí es un proyecto de vida. Yo digo: -Bueno, Héctor, ya tú eres muy viejo. Entonces, no me gustaría verme -y perdone la gente que es así, pero yo no critico-, sino que a mí no me gustaría verme así. Por ejemplo: me jubilo y en una mecedorita, cuando mis hijos lleguen con

mis nietos:

- ¿Y ese que está ahí en esa mecedora, moviéndose?

- Ay, ese es tu abuelo, él era profesor.

- ¡Ay! ¿Y cómo va a ser? Una cosa así... dando vuelta a la mano... ¿Qué es esto?

Tienes que buscar algo para la pastilla de la presión porque la impresión será grave. Y, definitivamente, dije:

- No. Voy a ser narrador.

Y tengo un tiempo escribiendo, pero, en realidad, creo que escribir es un proceso de formación; me estoy formando. Creo que aun siendo profesor de literatura, esto no es fácil. Escribir cuentos no es fácil, es sumamente difícil, demanda demasiado, y, sin lugar a dudas, este premio me va a ayudar a seguir trabajando y, lo mejor de todo, a creerme que tengo potencial, porque si esta gente lo dice, ah, ¡por algo será! Entonces, ¡ahora voy a lo serio!

Buenas noches. Les saludo cordialmente con ocasión de esta vigésima entrega de los premios del Concurso de Cuentos Radio Santa María. En esta oportunidad, queremos dar gracias a los organizadores del premio por este evento que desde hace tiempo concita el interés de todos los amantes del difícil arte de contar. Y de todos los que fuimos galardonados en las distintas formas que ofrece el certamen.

Un concurso no es un fin en sí mismo, pero este es el mejor, un aliciente que permite que se proyecte el tiempo, la dedicación y el esmero, en aras de participar con un producto de calidad para someterlo al escrutinio de unos jueces que tratarán de ser, dentro de su subjetividad, lo más objetivos posible. De ahí que, en cierto modo, nos disciplinan a aquellos que tenemos como *modus vivendi* actividades distintas de la escritura, porque si algo demanda esta manifestación artística es tiempo y tiempo es lo que menos sobra.

Después de esto, felicitar a todos los que fueron parte de esta convocatoria, al dedicar tiempo para trabajar la palabra y cumplir con las exigencias del Concurso de Radio Santa María, una institución avalada por el apego a los valores inherentes a la constitución humana.

Felicidades a todos, en especial a Radio Santa María y al Taller de Narradores de Santo Domingo, que, de los ocho premios, se lleva cuatro.

Muchas gracias.

Este libro se terminó
de imprimir en Santiago
en los Talleres de
Impresora y Editora Teófilo, S.R.L.
en Octubre de 2013



 EDICIONES
RADIO SANTA MARÍA
Escribir es crecer